

La publicación de este libro ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Carolina de Argentina.

#### Consejo de administración

*Presidente:* Guillermo Jaim Etcheverry

*Vicepresidente:* Antonio Gomis Sáez, Director General YPF

*Tesorero:* Mario Eduardo Vázquez, Director de Telefónica Latinoamérica

*Vocales* Enrique Cristofani, presidente del Banco Santander Río

Jorge Bledel, presidente de BBVA Banco Francés

Eduardo Fernando Caride, presidente de Telefónica de Argentina

Julio César Saguier, presidente de S. A. La Nación

Héctor Horacio Magnetto, presidente y CEO del Grupo Clarín S. A.

Adalberto Rodríguez Giavarini

Carlos Floria

Carlos A. B. Bettini, embajador de la Argentina en España

Rafael Estrella, embajador de España en la Argentina

Antonio Prats Marí, consejero cultural de la Embajada de España

Inés Sereno, consejera de educación de la Embajada de España

#### Consejo académico del fondo editorial

*Presidente*

Carlos Floria

*Miembros*

Omar Abboud

Marcos Aguinis

Lila Caimari

Pablo Capanna

José Luis De Imaz †

José Luis Galimidi

Lucía Gálvez

María Angélica Gelli

Guillermo Jaim Etcheverry

León Klenicki †

Santiago Kovadloff

Juan José Llach

Félix Luna †

José Miguens

Ana María Mustapic

María Sáenz Quesada

*Coordinador*

Roberto Bosca



# Alfred Grosser El crimen y la memoria

Traducción de Silvia Kot

Rosío Silva Sanfisteban

2011

 Editorial El Ateneo

Grosser, Alfred

El crimen y la memoria. - 1a ed. - Buenos Aires: El Ateneo, 2010.  
320 p.; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot  
ISBN 978-950-02-0513-9

1. Ensayo Francés. I. Kot, Silvia, trad. II. Título  
CDD 844

Título original: Le crime et la mémoire  
Traductora: Silvia Kot

© Éditions Flammarion, 2010

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo  
© 2010, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo  
Patagones 2463 – (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina  
Tel: (54 11) 4943 8200 – Fax: (54 11) 4308 4199  
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: julio de 2010

ISBN 978-950-02-0513-9

Diseño de interiores: María Isabel Barutti  
Diseño de tapa: Américo Ruocco

Impreso en Verlap S.A.,  
Comandante Spurr 653, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en julio de 2010

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Índice

Introducción: Grosser y la pasión por comprender, <i>por Carlos Floria</i> . . . . .	9
Prólogo: ¿Quién habla? . . . . .	15
1. ¿Qué crímenes para qué memorias? . . . . .	27
¿“Todo ser humano”? ¿Realmente? . . . . .	29
“Nosotros” y “ellos” . . . . .	37
Faltas de respeto a la lógica . . . . .	45
2. Auschwitz por comparación . . . . .	57
Una comparación necesaria y difícil . . . . .	57
Etnocidios lejanos y cercanos . . . . .	68
Las matanzas de judíos antes de Hitler . . . . .	80
El racismo alemán fuera del antisemitismo . . . . .	86
De la exclusión de seres humanos al exterminio de piojos . . . . .	95
La comparación con la URSS . . . . .	106
3. Memorias alemanas . . . . .	117
¿Qué alemanes para qué crímenes? . . . . .	117
Las memorias de los dirigentes . . . . .	129

Prácticas de la memoria y del olvido . . . . .	147
Realidades simultáneas contradictorias . . . . .	160
4. Lugares y no-lugares de la memoria francesa. . . . .	175
La pasión por la historia... ¡sin demasiadas sombras! . .	175
Desde Lubéron en 1540 hasta el Camino de las Damas en 1917 . . . . .	180
Desde el armisticio de 1940 hasta el juicio a Barbie . . .	201
Los negadores comunistas y sus memorias. . . . .	216
De Indochina a Argelia. . . . .	226
5. En el mundo de hoy . . . . .	241
Pasados y presentes sangrientos . . . . .	241
URSS, China, Camboya y Vietnam . . . . .	261
Terrorismos y tragedia árabe-israelí . . . . .	282
Conclusión: Dar sentido . . . . .	297

## Introducción

### Grosser y la pasión por comprender

En el libro primero de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, escrito más de medio siglo después de 1789, Alexis de Tocqueville afirma: “Estamos lo bastante alejados de la Revolución para no experimentar, a no ser muy débilmente, las pasiones que turbaron la visión de los que la hicieron, y estamos también lo suficientemente próximos para comprender el espíritu que la animó”.

Desde esa perspectiva, el profesor Grosser fue uno de los grandes precursores de la reconciliación y amistad franco-alemana, a través de una acción beneficiada por una credibilidad que logró en su persona un destino alemán y un destino francés. Nacido en 1925 en Fráncfort del Meno, Alfred debió huir con los suyos de la Alemania nacional socialista en 1933. Francia le otorgó protección y lo adoptó como ciudadano libre. Desde entonces, se va afirmando en él una experiencia que consolida una identidad cultural e intelectual que le hace decir con certidumbre y convicción: “Francia es mi patria”, haciendo diferencia explícita entre la dictadura totalitaria nazi y la “otra Alemania”, para dedicar la mayor parte de su vida y predicación política al aliento del desarrollo de la democracia alemana y su integración en la Europa liberal. No lo hace



como un mero observador. Interviene, hasta hoy, en los debates públicos en Francia y Alemania. Es un *homo politicus* en el sentido más noble del término.

Grosser fue atrapado por la pasión de comprender, pero también por la de explicar. Entre sus libros numerosos, todos sustanciales, hay uno que revela esa pasión que es como el discurso del método para la inteligencia del fenómeno político: *La explication politique*, donde enuncia las reglas que deben conducir el análisis de lo político. Aporte fundamental a la ciencia política, recorre la lectura de la historia, de la sociedad, de las instituciones, de la ética pública, pero dentro de una clave que afina la calidad del conocimiento: la comparación. Comparar es conocer y, en todo caso, mejorar la calidad del conocimiento. Comparar en el espacio, pero también en el tiempo. Entre los regímenes y las sociedades. Por la comparación surgen las singularidades. Es un ejercicio que vivifica la enseñanza, un método que Grosser recomienda y practica en relación con el pasado pero también a propósito de la realidad más inmediata.

Por años Alfred Grosser condujo una experiencia notable por su originalidad que merecería hacer escuela: los jueves por la tarde recibía a los estudiantes en un anfiteatro de la avenida Saint-Guillaume para hacer una suerte de balance de la semana política. El tema era propuesto en la mañana de cada jueves en el hall del lugar donde por la tarde se realizaría el encuentro. En una hora y sin esquivar dificultad alguna, Grosser analizaba los componentes de la situación, explicitaba lo que estaba en juego, formulaba las alternativas posibles. Es decir, educaba la inteligencia y al mismo tiempo contribuía a formar el juicio del ciudadano.

Alfred Grosser no disoció jamás la comprensión de la inteligencia del juicio de la conciencia moral. La dimensión ética de la vida y el hombre político están siempre presentes en su obra, a la que inspira.

Grosser es, al cabo, un moralista en política.

*El crimen y la memoria* es un ejercicio de aplicación a una materia, sensible entre todas, que contiene los horrores del siglo XX. Esa materia vuelve a ser el punto de partida de un recorrido que parte de la historia, sigue en la sociedad, continúa en el tipo de régimen político y la legitimidad en la que se asienta y evoca una ética pública.

La lectura de la historia no es un paso que deba darse con descuido sino con cautela. El buen político cuida del sentido de cada paso. El historiador debe dar cuenta de lo que comprueba, calificando o descalificando, según los dictados de una erudición serena, sin ira, conforme la recomendación clásica.

El derrotero intelectual de Grosser remite a tramos fundamentales para su inserción en el mundo intelectual, político y religioso, puesto que la Francia a la que arribó estaba marcada por la eclosión de una gran literatura católica: Claudel, Mauriac, Bernanos, Maritain, Green, quienes se reclamaban de una fe que impregnará la obra de Renè Rémond y que no será extraña a la de un intelectual jesuita, Jean-Yves Calvez, con quienes Grosser enlaza una amistad desde los años cuarenta sin claudicaciones y solo se interrumpe con la muerte del jesuita a comienzos de 2010. En un pasaje de su alocución cuando Grosser recibe el Grand Prix 1998 de la Academia de Ciencias Políticas, uno de sus miembros lo presenta recordando al joven judío de diecinueve años con cuya madre



viuda arriba a París, es naturalizado en 1927 con su hermana Margarete por un mismo decreto. A los veintiún años Grosser escribe una frase en su diario que define una vida intelectual: “Yo no seré jamás orador-demagogo, pues no me dirigiré a los instintos del auditorio, sino a su razón y su ética”. No ignorar el aire de los tiempos, pero no dejarse llevar por él. Como diría por entonces el español Ortega y Gasset: ser bañado por las olas, pero anclar los pies en la arena para evitar que nos arrastren y no ser dominados por ellas.

El presente libro no solo constituye una guía intelectual para la evaluación moral e histórica de sucesos y procesos que han conmovido el siglo XX y antes, y después, sino una suerte de portal de entrada para orientar el juicio sobre comportamientos intelectuales, querellas dominadas por vientos ideológicos que agitaron y confundieron por generaciones debates necesitados de pruebas difíciles de libertad intelectual, excesivamente condicionada por militancias porfiadas.

Si la obra de Grosser conserva vigencia y merece difusión es no solo por su calidad, sino por su propiedad para abordar los aportes de contribuciones fundamentales para el mejor conocimiento de los hechos y los comportamientos de líderes y sus entornos, del cuadro de situación que contribuyeron a crear y que determinaron o condicionaron decisiones de terribles consecuencias. De la elaboración de aquellas y de sus efectos, buscados o no por los actores, pero nunca indiferentes a sus ideas, creencias y ambiciones, nos dice mucho el trabajo nunca interrumpido de historiadores y politólogos, de las pruebas surgidas de archivos hoy abiertos y accesibles, o al menos no clausurados ni herméticos ante los cambios cualitativos de las relaciones internacionales y de

rumbos a menudo sorprendentes para los afiliados al determinismo histórico.

La vida intelectual de Grosser sucede en un tramo del siglo pasado que fue escenario del trajinar de muchos escritores y artistas de primera línea que adoptaron posiciones cuando menos frívolas desde el punto de vista intelectual, dominadas por una increíble seducción por sociedades y regímenes represivos, desde el derechismo o el izquierdismo, “sectas” afiliadas a lo que Raymond Aron llamó con propiedad “religiones seculares”. Alfred Grosser no fue atrapado por esas redes ideológicas.

Su lenguaje va contra la corriente, verificando que la pedagogía es lo contrario de la demagogia. Está enrolado en las filas de Aron, y fue gracias a la mediación de otro intelectual de calidades afines –el P. Jean-Yves Calvez S.J., fallecido cuando estábamos elaborando este breve prólogo– desde cuya cálida amistad y profunda sabiduría fue posible emprender en conjunto una selección de atributos desde la amistad y el reconocimiento. Mi homenaje a los maestros.

Carlos Floria  
Buenos Aires, junio de 2010

Carlos Floria es profesor emérito de la Universidad de San Andrés y profesor consulto de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

## Prólogo

### ¿Quién habla?

La objetividad no existe. Especialmente, cuando se trata de sufrimiento y de muerte, de víctimas y de culpables. Habría que ser un objeto, de una simple mecánica intelectual, y no un sujeto, es decir, una persona situada en el tiempo y el espacio, cargada de memoria y de aspiraciones. Pero hay una gran diferencia entre el que tiende a la objetividad y el que se aparta de esta, deliberadamente o por ignorancia de sus propias características, del prisma interior que deforma su percepción de los otros. En efecto, uno corre el riesgo de perderse en la explicación si no se ha explicado a sí mismo. Y si no quiere ser absurdamente impasible, y, más allá del deseado rigor del análisis, aspira a juzgar a los hombres de los que habla y a influir sobre aquellos que lo leen, debe preguntarse qué justifica que piense como piensa, que juzgue como juzga.

El lector tiene derecho a saber quién le habla. Sobre todo cuando el libro versa sobre temas en los que su sensibilidad y las sensibilidades de otros están en carne viva. Sobre todo, también, cuando el autor no teme contrariarlo. Cuando el autor desea, incluso, chocar, no por el gusto de provocar, sino para estimular la puesta en perspectiva, para transformar una certeza en un interrogante. Chocar, pero no herir. El lector tiene derecho a ser respetado, especialmente si su memo-



ria está agobiada por su propio sufrimiento o el de los suyos, cercanos o lejanos. Y también si, por ser joven y no tener los recuerdos de sus mayores, solo quiere saber para juzgar mejor. Respetarlo es renunciar al juego de la “autoridad”, y presentarle sencillamente a la persona que le habla.

En primer lugar, debo mencionar mis privilegios. Mis actitudes serían quizá distintas, mi serenidad, menos firme, si mi equilibrio no se hubiera fortalecido gracias a la madre que tuve, a la mujer que conocí, a nuestros cuatro hijos, al oficio, privilegiado desde todo punto de vista, de profesor universitario, que ejerzo, por añadidura, en el seno de una institución también privilegiada.

Además, me ayudó mi temperamento o, si se prefiere, mi carácter. Si hubiera sido diferente, los golpes que recibí en el patio de una escuela de Fráncfort, en la primavera de 1933, sin duda me habrían marcado para toda la vida. **Un niño de ocho años fue enviado al hospital después de que sus compañeros lo golpearan, simplemente porque les habían dicho que no era uno de ellos, puesto que era judío.** Este acontecimiento no dejó huellas en mi espíritu. Y si yo hubiera sido pesimista e introvertido como mi hermana mayor —cuya corta vida se extinguió en 1941, como consecuencia del éxodo—, habría sufrido por el trasplante de diciembre de 1933, al llegar a una Francia desconocida cuyo idioma no entendía. Desde el principio, fui feliz allí, a pesar de la muerte de mi padre, que ocurrió seis semanas después de habernos instalado en Saint-Germain-en-Laye.

Si no fuera por mis admirables maestras del colegio municipal y por las innumerables experiencias positivas que

allanaron mi inserción, mi temperamento hubiera sufrido muy duras pruebas. Por ejemplo, cuando murió mi padre, el electricista vino a ver a mi madre y le dijo: “Su esposo tenía conmigo una deuda elevada (era pediatra, y quería instalar un sanatorio para niños). Pero fue un excombatiente y yo también soy excombatiente, no del mismo bando, pero excombatiente al fin. Así que págume cuando pueda”. Fue aún más importante para mí lograr la jefatura de los niños exploradores de mi manada como joven lobato explorador de la Unión de Niños Exploradores de Saint-Germain. Era el jefe de la seiscena de exploradores que había ganado el concurso: recayó en mí el honor de llevar el emblema en el desfile del 11 de noviembre ante el monumento a los muertos. “Akela, voy a ser francés, pero aún no lo soy. ¿Es correcto que esté al mando?”. “El 11 de noviembre no festejamos la victoria, sino la paz recobrada. ¡Qué suerte que seas justamente tú!”. Si ella me hubiera respondido de otra manera, quizá yo habría crecido en una forma diferente. La inserción ya estaba casi completada, pues, cuando el 1° de octubre de 1937 se nos presentó una oportunidad decisiva: mediante un decreto del ministro de Justicia Vincent Auriol, la señora Lily Rosenthal, viuda de Paul Grosser, se naturalizó francesa junto con sus dos hijos menores. Este hecho evitó, en particular, que en septiembre de 1939 fuéramos encerrados como “enemigos” por el gobierno de Daladier.

Durante el exilio en San Rafael, la vida se desarrolló sin verdaderos sufrimientos en la zona llamada libre, más tarde bajo la ocupación italiana. La clandestinidad posterior habría sido muy diferente si, en septiembre de 1943, yo no hubiera faltado a una cita en Grenoble: habría muerto en Vercors, o



habría sobrevivido con la visión de una feroz masacre en la memoria. La única acumulación de cadáveres destrozados que vi fue en Marsella, tras el bombardeo estadounidense del 27 de mayo de 1944, que provocó más de dos mil muertos. ¡Y no se podría decir que los gloriosos combates para liberar la ciudad –las tropas alemanas ya la habían evacuado casi por completo– fueron verdaderas batallas!

Si hubiera sido detenido y torturado, ¿habría llegado a las mismas conclusiones que al cabo de toda una noche de meditación en agosto de 1944? Me enteré por la BBC de que los prisioneros del campo de Theresienstadt habían sido trasladados a Auschwitz, donde serían exterminados. Entre ellos podían estar, y seguramente estaban, la hermana de mi padre y su esposo, un médico berlinés que no había querido emigrar cuando aún era posible. A la mañana, yo estaba seguro, definitivamente seguro, de que jamás consideraría culpables a todos los miembros de una colectividad, aunque los criminales que hubiera en ella fueran numerosos, sus cómplices aún más, y los crímenes terroríficos.

Si no hubiera tenido la suerte de no ser deportado, si hubiera sido víctima de la humillación y el sufrimiento absolutos, y si finalmente hubiera sobrevivido, con la memoria repleta de atrocidades inenarrables, ¿me habría convertido en otra persona, habría adquirido la convicción de que no tengo el derecho de juzgar con demasiada dureza a aquellos que no se arriesgaron para luchar contra Hitler? Por mi parte, nunca elegí estar contra él: fue él quien decidió que yo fuera su enemigo, aun cuando era un niño.

El recaudador o el ferroviario franceses que han arriesgado sus vidas contra el ocupante, el comerciante berlinés que

escondió judíos hasta que terminó la guerra, los estudiantes de Múnich ejecutados por haber denunciado los crímenes del nazismo: todos ellos se comprometieron, aunque habrían podido abstenerse. Y, después de tantos años, ¿debería yo alertar a mis alumnos y a otros jóvenes contra un exceso de severidad hacia los silencios y las renunciaciones de sus padres, luego abuelos, cuando nada puede demostrar que ellos mismos serían más valientes, más heroicos, si fuesen puestos a prueba?

En todo caso, adquirí muy pronto la convicción de que el odio no era la mejor respuesta para el odio, que el espíritu de sistema no era una réplica adecuada para la ideología de la generalización, y que la libertad crítica, incluso, y sobre todo, con respecto a uno mismo era la mejor manera de rechazar las doctrinas negadoras de esa libertad. Por eso, a diferencia de tantos otros jóvenes que tenían veinte años en 1945, nunca corrí el riesgo de ser tentado por la convocatoria del Partido Comunista, una convocatoria que incitaba a insultar a quienes denunciaban las atrocidades, nunca interrumpidas, cometidas en nombre del socialismo. Y tampoco me sentí tentado por el estruendoso nacionalismo de una buena cantidad de ex inmigrantes o hijos de inmigrantes que, en Francia y en otras partes, quisieron demostrar y demostrarse que estaban completamente integrados a su patria adoptiva.

Creo que mi propia inserción en la sociedad francesa es completa, y me alegro cada vez que en otros países se escribe –después de alguna de mis visitas– que hice gala del típico espíritu francés. Pero precisamente mi interioridad a la nación francesa no me hace renunciar a una idea que me parece esencial, tanto para ella como para mí: que la identidad no exime de la mirada crítica fijada en la inserción, de la exi-



gencia con respecto a uno mismo y con respecto a los grupos sociales en los que uno está incluido, empezando por la patria misma. Y cuando se tiene la suerte de poseer una patria que reivindica sin cesar una moral universal, cimentada, por lo tanto, en valores idénticos siempre y en todo lugar, se le exigirá continuamente que se comporte y se juzgue según los mismos criterios que emplea para otros. Por eso, en abril de 1956, durante la guerra de Argelia, escribí:

Entonces, registraron la casa de Henri Marrou, profesor de la Sorbona. Argumentaron que su artículo "Francia, mi patria" constituía una "participación, con conocimiento de causa, en una empresa de desmoralización del ejército".

Nunca hemos admitido la noción de culpa colectiva de un pueblo, pero siempre nos pareció que cualquier ciudadano mayor de edad es en parte responsable de las injusticias, de los actos inhumanos cometidos en nombre de su país. Si ignora esos abusos, es responsable de no haber tratado de saber. Si sabe y se calla, es responsable de haber impedido, con su silencio, que se terminara con ellos.

Después de 1945, cuando se les decía a los alemanes: "Ustedes no podían no saber", o también: "Si ustedes sabían, ¿por qué no hablaron?", a menudo se recibía una de estas tres respuestas: "¿Cómo íbamos a estar informados con un periodismo silencioso?", "Era demasiado peligroso protestar", "Denunciar ciertos hechos era desacreditar a Alemania ante los extranjeros, era hacer dudar a nuestros soldados de la causa por la que estaban combatiendo".

En este punto, más de un lector se sorprenderá. Nos dirá: "Se deben comparar cosas comparables. No existe relación

alguna entre las atrocidades hitlerianas y los excesos que pudieron haberse cometido del lado francés. Por otra parte, esos excesos ¿no tienen origen acaso en la cólera provocada por los horrores que cometieron los *fellagha*?"<sup>1</sup>

Este último argumento explica, sin duda, pero no justifica que se ataque como represalia a los que no son directamente culpables. De otro modo, ¿con qué derecho habríamos aplaudido la condena a los alemanes que mandaron ejecutar rehenes, o que arrasaron los lugares en los que se había combatido?

Ciertamente, no hay comparación posible entre los campos de exterminio hitlerianos y la detención sin juicio de "sospechosos" en Francia. Sin duda, aunque hicimos morir a inocentes, aunque la policía torturó, nosotros no exterminamos a millones de seres humanos como si fueran ganado, no organizamos sistemáticamente el sufrimiento. Pero ¿fue únicamente a causa de ese exterminio, a causa de ese sufrimiento organizado que nos opusimos al nazismo? ¿No fue, sobre todo, porque abolía el derecho de no ser sometido a la arbitrariedad, la certeza de que no intentarían arrancarnos confesiones fundadas o imaginarias por medio del dolor, en una palabra, porque menospreciaba la dignidad de la persona humana?

¿Y acaso no nos indignamos en nombre de cierta concepción de la persona humana, incluso en tiempos de guerra, ante los relatos de los crímenes de los *fellagha*?

1. Palabra de origen árabe, que se extendió en Francia en 1954: significa "bloqueadores de caminos" y se usaba para nombrar a los guerrilleros argelinos contra la autoridad francesa entre los años 1954 y 1962. (N. del T.)



El registro de la casa de Marrou parece dejar mal parados ahora a los participantes franceses en el diálogo franco-alemán. ¿También en Francia optará el poder por el silencio, y aquellos que denuncian los excesos que desprestigian moralmente a la nación serán acusados de desmoralizarla?

Esta crónica —que contenía una parte de la temática de este libro— apareció en la primera plana de *La Croix*. *La Croix* es un diario católico, pero es posible sentirse cómodo y ser aceptado en un medio al que no se pertenece. Desde hace varias décadas, me siento comprometido con dos grupos humanos a los que no pertenezco. Estoy inserto en el medio cristiano como un observador participante no creyente, muy especialmente entre los católicos franceses que viven en su fe y de su fe, y también lo estoy como francés entre los alemanes, particularmente entre aquellos que plantean con mayor intensidad el problema de la memoria. Si se me permite ocupar un lugar en la vida pública alemana, si tengo la dicha de ser admitido en tantos grupos cristianos como crítico fraterno, es porque ellos sienten, y saben, que mi exterioridad no impide la simpatía, que mi exigencia, a veces agresiva, proviene de mi deseo íntimo de verlos lo más cerca posible de aquello a lo que dicen aspirar. El pasado de la Iglesia —volveremos sobre el tema— y el pasado de Alemania nunca me impidieron sentirme vinculado a evoluciones internas cuyas negativas siempre percibí con consternación, ya que yo había intentado actuar con quienes trabajaban para que su comunidad religiosa o nacional viviera a la altura de la inspiración moral que era su fundamento.

En forma más general, siempre quise estar presente en una multitud de ámbitos del campo social para participar de

una puesta en perspectiva generadora de comprensión. Se trataba, siempre se trata, de luchar contra el estúpido “Nosotros no necesitamos recibir lecciones de...”, una fórmula especialmente apreciada por los políticos franceses, cuando en realidad la crítica ajena permite entender mejor cómo nos ven los demás, y preguntarnos qué hay de verdadero en lo que ven en nosotros.

No se trata aquí, como dice san Pablo, de “hacerse todo en todos para salvar a algunos”, sino de estar presente entre otras personas para intentar que comprendan a los demás, para estimularlas a no menospreciar la gravedad de los sufrimientos que los abruman y que, a menudo, restringen su capacidad de comprensión y de justicia. Es en ese sentido como siempre quise comprometerme. Un compromiso que me dio muchas alegrías. Casi desde el principio. Después de haber realizado una extensa investigación en la Alemania vencida y destruida, publiqué, en octubre de 1947, una serie de artículos en *Combat*. Su título era: “Juventud de Alemania”, y terminaba de esta manera:

El joven alemán no se siente responsable de la locura criminal del régimen hitleriano. En esto tiene razón. No existe la responsabilidad colectiva de los niños y de los adolescentes. Por lo tanto, habría que tener una política clara con respecto a la juventud alemana. Una vez que, oficialmente, se proclame que no se la considera responsable, deberían abrirse las ventanas, informarla, comunicarla con la juventud de otros países.

Es demasiado pronto, al parecer, para que vengan jóvenes alemanes a Francia. ¿Qué se debe esperar? ¿Que los france-



ses hayan olvidado la ocupación, los fusilamientos, los campos de exterminio? ¡Es de desear, por el contrario, que no los olviden nunca! Pensando en eso, hay que acoger a los jóvenes de aquel país, precisamente para evitar que esa clase de horrores se repitan.

La juventud alemana, inquieta, busca su camino. Si se siente aislada, excomulgada, corre el riesgo de caer en el más completo desaliento y, luego, de lanzarse a la primera ideología que le prometa un espléndido futuro, aunque sea a expensas de otros países.

Esta conclusión llevó al equipo de *Benjamín*, una publicación semanal realizada por algunos jóvenes alemanes bajo el shock del pasado, a lanzar la "Iniciativa Oradour":<sup>2</sup> como signo de arrepentimiento colectivo por el crimen perpetrado en su nombre, jóvenes alemanes participarían en la reconstrucción de la comuna de ese nombre, que había sido víctima de un crimen de guerra especialmente atroz. Comprendí muy bien que la municipalidad no lo aceptara: ¡el peso del dolor que agobiaba a los pocos sobrevivientes era, en realidad, enorme! Pero la propuesta de *Benjamín* me demostró que yo estaba en el camino correcto. Aunque este no siempre fuera fácil de seguir. Al año siguiente, acepté ir a hablar y a debatir en un centro de ex miembros de las juventudes hitlerianas, que había sido creado por un ocupante francés con la idea de

2. Se trata de la comuna francesa Oradour-sur-Glane, de la región del Lemosín, que forma parte del distrito de Rochechouart en las orillas del río Glane. El 10 de junio de 1944 sufrió un sangriento ataque del ejército de la SS alemana. (N. del T.)

que solo el hecho de abrirse al mundo exterior los haría "recuperables" para la futura democracia alemana. Mientras les hablaba, me decía para mis adentros que algunos años atrás pocos de los allí presentes hubieran desobedecido la orden de empujarme a una cámara de gas, pero yo estaba convencido de que el fundador del centro debía ser ayudado en sus justos objetivos.

Y cuando pensaba que hablaría de otra manera si yo mismo hubiera sufrido más, luchado más, me bastaba con mirar a los hombres que, convocados por Emmanuel Mounier, habían aceptado formar el Comité Francés de Intercambios con la nueva Alemania, que yo llegué a encabezar: de Rémy Roure a Claude Bourdet, de Henri Frenay a David Rousset, todos habían formado parte del combate clandestino y la mayoría de ellos conoció la prisión y los campos de concentración. En especial Joseph Rovin, que, al poco tiempo de salir de Dachau, escribió para la revista *Esprit*, dirigida por Mounier, un artículo que apareció en octubre de 1945. Su título definía el sentido de nuestra acción: "La Alemania de nuestros méritos". La memoria debía transformarse en acción, porque nosotros éramos corresponsables del futuro alemán, especialmente del futuro de la memoria alemana.

Por eso, si le pido al lector que reflexione conmigo acerca de los múltiples crímenes cometidos en muchos países, en diferentes épocas, y acerca de cómo están presentes o ausentes en las múltiples memorias, no lo hago como el entomólogo que estudia la vida de los insectos. Lo hago después de haber ampliado la investigación, para prolongar y profundizar los interrogantes que me han llevado a escribir, en particular, el capítulo "El juicio de Alemania en ruinas" de mi primer libro,

*L'Allemagne de l'Occident* (La Alemania de Occidente), que apareció en 1953, y el capítulo "El crimen y la memoria" de mi obra *Au nom de quoi? Fondements d'une morale politique* (¿En nombre de qué? Fundamentos de una moral política), publicado en 1969. Y confieso que tengo la esperanza de que el lector me acompañe en esta travesía, y que, finalmente, la haga suya. No solo por el placer intelectual de compartir certezas y dudas, sino porque el autor que habla en este libro cree que se transforma ya un poco el mundo, y se disminuye, aunque sea en forma mínima, el sufrimiento de los hombres por la manera misma de mirarlos en su pasado y su presente: una manera vinculada con la forma en que uno se observa a sí mismo, y observa a los suyos y su pasado.

## 1

## ¿Qué crímenes para qué memorias?

¡Festejemos el acto creador que fue la Revolución Francesa! ¿Y la Vendée? ¿Y las masacres de septiembre, las ejecuciones en masa de Lyon y de Nantes? ¡Festejemos el nacimiento de la hermosa democracia australiana, hace ya dos siglos! ¿A pesar de las protestas indignadas de los últimos aborígenes, escasos descendientes del pueblo que los blancos llegaron a esas tierras y sus hijos han hecho desaparecer? ¡Hagamos la paz en Camboya! ¿Con los Jemeres Rojos que masacraron a centenares de miles de sus compatriotas? Turquía podría ser admitida en el seno de la Comunidad Europea. ¿Turquía, que se niega obstinadamente a reconocer, a recordar, e incluso a permitir que se recuerde la gran matanza de armenios en 1915? ¿Kruschev, en 1956, y luego Gorbachov, cambiaron la naturaleza del régimen soviético al aceptar que podía entrar abiertamente en la memoria colectiva la realidad cada vez más completa de los terroríficos crímenes cometidos en un pasado no muy lejano?

“¡Recordemos!”, “¡Recuerden!”: en todo el mundo resuenan los llamados a la memoria. De diferentes maneras: los crímenes que cometieron ustedes, los crímenes que cometieron ellos, están en nuestra memoria. Los crímenes que cometieron ustedes, los crímenes que cometieron ellos, deberían estar



en las memorias de ustedes y en las de ellos. ¡Recordemos los crímenes de los que fueron víctimas los nuestros! ¡Recuerden los crímenes que cometieron los suyos! Hace mucho tiempo o apenas ayer. Ustedes, los ingleses, que nos dejaron morir de hambre a nosotros, los irlandeses. Ustedes, los conquistadores; ustedes, los colonizadores; ustedes, los hitlerianos; ustedes, los hijos de los hitlerianos.

Pero nuestros crímenes contra ustedes, contra ellos, también deberían estar en nuestras memorias. Los aceptamos a ustedes como interlocutores porque guardan sus crímenes en sus memorias. Pensemos siempre en aquello que se hizo en nuestro nombre, nosotros, los herederos de la Alemania nazi; nosotros, los jóvenes estadounidenses que recordamos Hiroshima o el napalm en Vietnam.

La memoria debe prohibirnos a nosotros, prohibirles a ustedes... La memoria debe impedirnos a nosotros, impedirles a ustedes... La memoria debe incitarnos, a nosotros y a ustedes, a... Especialmente a no ignorar los crímenes de hoy, sobre todo si se parecen a los de ayer, cuando son la prolongación de los de ayer: cada número mensual de *Pogrom*,<sup>3</sup> publicado en Gotinga (Alemania) por la Sociedad para los Pueblos Amenazados (*Gesellschaft für bedrohte Völker*), se refiere a esta continuidad, ya sea que se trate de los indígenas (en América del Sur, Central o del Norte), de los kurdos o de los gitanos. Y puesto que se trata de tragedias, puesto que siempre existe urgencia —aunque sea solamente la urgencia de no dejar que se borre el recuerdo—, es grande la tentación de hablar, de

3. *Pogromo*, del ruso “devastación, destrucción”, matanza y robo de gente indefensa por una multitud enfurecida. (N. del T.)

hacer como si todo estuviera claro, como si la palabra fuera unívoca.

Llamamos crímenes a lo que otros, los adversarios, se niegan a designar así. Nos sorprendemos al ver que el otro, el adversario, pone en el mismo plano sus sufrimientos y los nuestros. Decimos “nosotros”, decimos “ustedes”, decimos “ellos”, sin haber definido la naturaleza, la extensión, la duración de las pertenencias, y sin haber determinado de qué clase de memoria se trata. ¿Surge de una vivencia personal, de un recuerdo colectivo, de un aprendizaje escolar o mediático? En esta materia, ¿cuál es el pensamiento justo, es decir, a la vez riguroso y recto?

### ¿“Todo ser humano”? ¿Realmente?

Para comenzar, una idea simple. Un crimen es equivalente a otro crimen de la misma naturaleza y de la misma dimensión, cuando las víctimas son seres humanos. Un hombre es igual a otro hombre, y por lo tanto, atentar contra su integridad es un crimen. Leamos la declaración de la Independencia de los Estados Unidos del 4 de julio de 1776: “Todos los hombres son creados iguales, son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables: entre estos están la vida, la libertad, la búsqueda de la felicidad”. El 26 de agosto de 1789, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano proclamó: “Los hombres han nacido libres, continúan siendo libres e iguales en cuanto a sus derechos”. La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, emitida el 10 de diciembre de 1948, contiene en su preámbulo



la fórmula solemne: "Considerando que la libertad, la justicia, la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana...". La Constitución de la Francia actual confirma la validez del Preámbulo de la Carta de 1946, en el que: "El pueblo francés proclama, nuevamente, que todo ser humano, sin distinción de raza, religión ni credo, posee derechos inalienables y sagrados". Y no podemos negar que la Iglesia católica es fiel a la inspiración evangélica, cuando, desde el 7 de diciembre de 1965, leemos en la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual –*Gaudium et spes*–, un texto fundamental del Concilio Vaticano II: "Toda forma de discriminación de los derechos fundamentales de la persona, ya sea social o cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión debe ser vencida y eliminada por ser contraria al plan divino".

Pero ¿quién respetó, en su totalidad, el principio de la igualdad en la dignidad? Los pieles rojas y los negros no estaban incluidos en la democracia estadounidense, como no lo estaban los esclavos en la democracia ateniense. El 4 de febrero de 1794, la Convención<sup>4</sup> decretó la abolición de la esclavitud en todas las colonias, pero el decreto no se llegó a aplicar, y finalmente fue anulado por Bonaparte en 1802. La naciente Cuarta República les negó la igualdad a los musulmanes de Argelia, aunque estos poseían el derecho a la igualdad ante la muerte en las filas del ejército francés. Y ¿durante cuán-

4. La Convención Nacional: Asamblea Constituyente francesa que gobernó desde 1792 hasta 1795. (N. del T.)

tos siglos la Iglesia llamó a una sangrienta lucha contra los "infieles" y los "bárbaros", mandó matar a los marginales en su seno y, durante la guerra, prefirió proteger a los católicos en lugar de defender a las víctimas judías de una doctrina, en principio, anticristiana?

Sin embargo, hay que evitar juzgar las contradicciones del pasado con las pautas del presente. Por dos ideas complementarias. En primer lugar, porque la desigualdad entre las culturas, y por lo tanto, entre los hombres que participan de esas culturas, siempre pareció evidente para la casi totalidad de los cristianos y de los humanistas. El ejemplo de Alexis de Tocqueville puede considerarse como especialmente significativo. Su *Informe sobre Argelia*, que sometió en 1847 a la Cámara en nombre de la comisión de créditos extraordinarios de África, abundaba en advertencias contra el abuso de poder: "No recomencemos –decía al final– en pleno siglo XIX la historia de la conquista de América. No imitemos los sangrientos ejemplos que la opinión pública del género humano ha reprobado. Pensemos que seríamos mil veces menos excusables que aquellos que, en otros tiempos, han tenido la desgracia de darlos, ya que nosotros no tenemos su fanatismo, y en cambio poseemos los principios y la iluminación que la Revolución Francesa ha difundido por el mundo". Anteriormente, había expresado con severidad y coraje: "Hemos reducido las instituciones de caridad, abandonado las escuelas y dispersado los seminarios. A nuestro alrededor, las luces se han extinguido, ha cesado el reclutamiento de religiosos y de hombres de leyes, es decir, hemos hecho que la sociedad musulmana fuera mucho más miserable, más desordenada, más ignorante y más bárbara de lo que era antes de habernos



conocido". La consideraba bárbara antes de la conquista francesa, que había producido un claro resultado: "La población europea ha llegado: la sociedad civilizada y cristiana está fundada". No es necesaria la crueldad ni la arbitrariedad, pero "¡no es útil, ni debemos permitir que nuestros súbditos musulmanes tengan esas ideas exageradas sobre su propia importancia, ni persuadirlos de que estamos obligados a tratarlos, en todo momento, como nuestros conciudadanos y nuestros iguales!".<sup>5</sup>

En segundo lugar, porque la contradicción aún está plenamente vigente en la actualidad. ¡No, no es cierto que una masacre de africanos se sienta de la misma manera que una masacre de europeos! ¿Es porque su civilización los ha acostumbrado al salvajismo? Quizá, pero ¿nos parecería razonable que un africano considerara una hecatombe en Europa como un producto normal de una civilización que creó Auschwitz y que ya había originado Verdún?<sup>6</sup> Y cuando los atentados contra los hogares o los hoteles de inmigrantes hacen morir a hombres, mujeres y niños, ¿nos escandalizamos como lo haríamos si se tratase de víctimas más próximas a nuestro estatus nacional, social y étnico?

¿Tenemos que aceptar por eso en otros, en nombre de la igual dignidad, no tanto de los hombres como de las culturas, lo que nos parecería criminal para nosotros? Muchos etnólogos y sociólogos nos invitan, en parte como reacción contra

el paternalismo cultural occidental, a abstenernos de cualquier juicio de valor (¡y evidentemente la palabra *crimen* está cargada de censura, de condena moral!) cuando algunas violaciones a nuestro principio fundamental se cometen como actos normales, por ser habituales en el seno de una cultura particular. No nos dejemos engañar: si consideramos que la igualdad en la dignidad de la mujer procede de ese principio, la mutilación sexual de las niñas es criminal, aunque esta se practique en forma tradicional en una cultura que se debe respetar.

La definición de crimen deberá partir de nuestro juicio actual. De igual modo para el atentado contra la integridad del cuerpo y también para el sufrimiento físico infligido deliberadamente. Cuando Amnesty International denuncia la tortura, cuando ACAT (Acción de los Cristianos para la Abolición de la Tortura), a su vez, recuerda que, tantas décadas después de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, todavía se tortura en la mitad de los países miembro de la ONU, ¿quién se atreverá a defender públicamente la legitimidad de una práctica tan manifiestamente criminal? Pero durante siglos se han infligido las mutilaciones más espantosas en los países más cultivados, más civilizados, para castigar o para obtener confesiones, con la aprobación, bajo el control, y a pedido de hombres de la Ley y hombres de la Iglesia. Quien esté libre de pulsiones sádicas leerá con espanto y horror el análisis histórico de *El museo de los suplicios*, de Roland Villeneuve. En él no se encontrará ninguna razón para dejar de considerar crímenes algunos hechos que, en tiempos remotos o recientes, se creían legítimos. Por el contrario, se verá que es necesario

5. Alexis de Tocqueville, *De la colonie en Algérie*. Presentación (excelente) de Tzvetan Todorov, Bruselas, Complexe, 1988, pp. 153, 170, 171 y 179.

6. Esta ciudad francesa sufrió el asedio de las tropas alemanas durante diez meses en 1916. (N. del T.)



conocer esos crímenes para que la memoria no idealice en exceso un reinado, una época, una sociedad.

Por lo tanto, se considerará la tortura, sin ninguna duda. Y la masacre. ¿Todas las masacres? Entonces ¿todas las guerras? ¿O solamente las matanzas que la victoria no exigía? Quizá solamente aquellas cuyas víctimas eran “inocentes”: un vocabulario que parece implicar que los soldados no son inocentes, y en ese caso se los puede matar con mayor legitimidad. ¿Crímenes de guerra, pero no la guerra como crimen? ¿O hay que diferenciar las guerras: la defensa es buena, la conquista es reprochable? De acuerdo con las normas actuales, ¿hay que olvidar las guerras pasadas? Ningún manual francés habla de crímenes al mencionar la conquista de la Galia por Julio César: solo el asesinato de Vercingétorix prisionero se considera bárbaro. ¿Es así porque los romanos trajeron la civilización? ¿Qué decir, entonces, de las conquistas colonialistas? Suponiendo que no se las juzgue con demasiada severidad, ¿qué es una conquista colonialista? Seguramente, lo es la de Argelia en 1830, y no la de Polonia realizada por Hitler. Pero la conquista de Etiopía por parte de Mussolini, ¿se parece al caso de Polonia o al de Argelia?

No solo existe la muerte infligida por las armas. La hambruna puede constituir un medio de masacre. Existe el crimen, seguramente, cuando la voluntad de matanza está presente. Por ejemplo, cuando los armenios de Turquía son deliberadamente “transferidos” hacia zonas desérticas. O cuando Stalin aísla a Ucrania y, en forma premeditada, la priva de alimentos. Es crimen cuando la hambruna es aceptada como consecuencia de una política, por ejemplo, la de

Stalin en el tiempo de “la deskulakización”.<sup>7</sup> ¿Y cuando un poder sabe que su abstención mata, e igualmente se abstiene? Lo sabía el gobierno británico durante la gran hambruna de Irlanda del siglo XIX, y lo saben los gobiernos europeos ante las grandes hambrunas en África en nuestros días.

No todos los crímenes tienen el mismo alcance para evaluar el pasado, ni para el juicio político y la acción política actual. Y tenemos el derecho de no considerar igualmente criminales o pasibles de condena moral a todos los elementos que constituyen la larga lista del párrafo 3 del capítulo 27 de *Gaudium et spes*: “Cuanto atenta contra la vida –homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado–; cuanto viola la integridad de la persona humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones inhumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes”.

7. Deskulakización: surge de *kulak* o “campesino rico”, en ruso. Durante la “colectivización estaliniana” (1928-1932) se realizó una campaña de *deskulakización*, es decir, la expropiación de la propiedad privada de los *kulaks* en beneficio de los campesinos pobres. Se efectuaron deportaciones, encarcelamientos y murieron 5 millones de campesinos en Ucrania y Kouban, especialmente por hambre. En 1935, se declaró oficialmente la desaparición de los *kulaks* como clase social. (N. del T.)



¿Y cómo no ser sensible a los actos de violencia sangrienta y a los sufrimientos perdurables provocados o mantenidos por lo que se ha dado en llamar, con razón, la violencia estructural? Aunque fuera a causa de su existencia en tal o cual memoria; por ejemplo, la del movimiento obrero. Aunque fuera por su realidad en el presente. En Brasil, durante mucho tiempo se asesinó a los indígenas, como simple medio para apropiarse de las tierras en las que ellos vivían. ¿Hay que ignorar la miseria de los campesinos no indígenas sin tierra, una miseria que se podría remediar, y que, por no remediarse, tiene un origen criminal?

No obstante, para reflexionar acerca de la presencia del crimen en la memoria, acerca de las funciones políticas de esta memoria, puede ser razonable limitarse a algunas categorías de crímenes, sin por ello ceñirse a fronteras infranqueables. Abordar la violencia en acción más que la violencia estructural, salvo cuando esta última esté directamente ligada a la primera. Analizar el sufrimiento y la muerte infligidos por un poder político o en su nombre, más que por un individuo o por un grupo, a otros individuos u otros grupos. Hasta un linchamiento es difícilmente separable de una abstención del poder. Un pogromo es pocas veces “espontáneo”. También es verdad que el crimen que viene de arriba responde, a menudo, a los crímenes de abajo, cuyos autores invocan, en muchas ocasiones, la violencia estructural impuesta a aquellos en nombre de quienes afirman recurrir a la violencia explícita. La lógica de la reflexión impedirá, de este modo, excluir al terrorismo de ayer y, en especial, al de hoy.

### “Nosotros” y “ellos”

El empleo del “nosotros” y “ellos” es habitual. Especialmente, en lo que respecta al tema de este libro. Su crimen y nuestra memoria; su crimen y su memoria. Y también: nuestro crimen y nuestra memoria; nuestro crimen y su memoria. ¿Es legítimo postular así las pertenencias? El principio de referencia y la igualdad en la dignidad de la persona humana, ¿no deberían rechazar los juicios, quizás el análisis mismo, por grupos, por pertenencias? Esta es la regla básica que el cardenal Karol Wojtyla, futuro Juan Pablo II, enunció de esta manera: “El término ‘prójimo’ solamente toma en consideración la humanidad del hombre, humanidad que le pertenece al ‘otro’ como a ‘mí mismo’. El término ‘prójimo’ provee, entonces, la base más amplia para la comunidad, una base que se extiende por encima de cualquier alteridad, y resulta del ser miembro de diversas comunidades humanas”. Pero ¿es posible actuar y juzgar en consecuencia? Este mismo Papa ¿no privilegiaba acaso su pertenencia al catolicismo, no estaba determinado, en parte, por su pertenencia polaca?

Nada es más generador de exclusiones y asesinatos que el terrible artículo determinado: *los judíos, los árabes, los rusos, los alemanes, los corsos*. Habría que enseñar en todas las escuelas la lógica elemental que lleva a encontrar ridícula la famosa paradoja “Artajerjes dice que todos los cretenses son mentirosos”. Él es cretense; por lo tanto, él es mentiroso; por lo tanto, los cretenses no son mentirosos; por lo tanto, él dice la verdad; por lo tanto, los cretenses son mentirosos, etcétera. Lo contrario de “todos” no es “nadie”, sino “algunos sí, otros no”, así como lo contrario de “siempre”

no es “nunca”, sino “a veces sí, a veces no”. No obstante, el artículo determinado está siempre presente en los protagonistas de los enfrentamientos y en los historiadores que los describen, aunque desemboquen así en juicios insostenibles. Según el momento, según las personas, según los grupos, según se considere la mirada de los miembros de esos grupos o la de sus enemigos, los cristianos tuvieron como fuente de su comportamiento a veces el Evangelio y a veces el manual de la Inquisición. El “verdadero” islam de hoy es, a la vez, la religión de la tolerancia definida por sus teólogos espirituales y la de un integrismo rencoroso y asesino. Es importante hacerles conocer la existencia de los primeros a todos aquellos que asimilan el islam con el crimen. Pero a las víctimas de las ejecuciones y de los atentados poco les importa que existan los tolerantes.

El crimen nace a menudo de la pertenencia, de la relación amigo/enemigo que ella engendra. Y más aún, la buena conciencia del crimen. Dios no está aquí para todos los hombres: debe proteger a los míos y golpear al adversario, evidentemente culpable. Y entonces se podrían cantar algunos Salmos terribles:

Con tu espada, ¡libérame del malvado!  
Que tu mano, Señor, los expulse de la humanidad,  
fuera de la humanidad y del mundo.  
(Sal 17)

Persigo a mis enemigos, les doy caza,  
no vuelvo hasta haberlos acabado;  
los quebranto, no pueden levantarse,

sucumben debajo de mis pies...  
a mis enemigos haces dar la espalda,  
extermino a mis adversarios.  
(Sal 18)

En su introducción al Deuteronomio, la Traducción Ecu-  
ménica de la Biblia (la TOB francesa) dice que el último libro  
del Pentateuco “enseña una moral de amor en acción”. Puede  
ser. Sin embargo, se lee:

Sijón salió a nuestro encuentro con todo su pueblo... Y el  
Señor nuestro Dios nos lo entregó... Nos apoderamos enton-  
ces de todas sus ciudades y consagramos al anatema toda  
ciudad: hombres, mujeres y niños, sin dejar superviviente  
(Dt 2, 32-34).

En cuanto a las ciudades de estos pueblos que el Señor tu  
Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida (en com-  
paración con aquellas en las que hay que matar solo a los  
hombres y conservar a las mujeres y los niños como botín);  
sino que las consagrarás al anatema: a hititas, amorreos, ca-  
naneos, perizitas, jivitas, y jebuseos (Dt 20, 16-17).

Hace apenas un siglo, se les enseñaba a los lectores de  
la colección “Biblioteca de la Juventud Cristiana” que en el  
año 639 las “hordas victoriosas” de los musulmanes “comen-  
zaron su obra destructora” y tomaron Jerusalén, cuando, en  
realidad, no cometieron ninguna masacre, en tanto que la  
entrada de los cruzados cristianos en 1099 se describe de esta  
manera:



Los vencedores tomaron, entonces, todas las calles e hicieron resonar al aire el grito: “¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!”. Los musulmanes arrojaron sus armas y huyeron por todas partes. El ejército cristiano reunido en Jerusalén se entregó a la más bulliciosa alegría. Así se consiguió esta memorable victoria, viernes, a las tres de la tarde: era el día y la hora de la Pasión de Nuestro Salvador. Los cristianos irritados por los ultrajes de los sarracenos y por la larga resistencia que les habían opuesto, vengaron a sus hermanos muertos con la matanza de 70.000 sarracenos.<sup>8</sup>

A partir de la triple pertenencia cristiana, francesa y europea, será posible concluir de esta manera:

La primera cruzada ofreció maravillosas proezas: la antigua Francia ha conquistado allí la gloria, y los recuerdos de bravura son siempre preciosos para la patria. La cruzada sacó provecho de la situación interna en Europa; las guerras particulares y los azotes de la anarquía feudal cesaron. Todos los odios se confundieron en uno solo: el odio contra los enemigos del cristianismo. En esta disposición universal había grandes elementos de paz y de civilización.

La pertenencia privilegiada puede llevar al crimen. El crimen también puede crear el sentimiento de pertenencia. Algunas veces, las víctimas de la persecución se sienten miembros del grupo perseguidor, aunque antes hayan tenido

solo débiles lazos con esa comunidad: eso les sucedió a muchos judíos alemanes o franceses bajo Hitler. Otras veces, el crimen forma parte de una estrategia de identificación, directamente o por intermedio del crimen que el enemigo cometerá por reacción. El atentado en el metro contra un ocupante alemán y los asesinatos cometidos por los insurgentes en Argelia tenían como objetivo provocar represalias contra franceses o argelinos musulmanes que, hasta ese momento, se mantenían alejados de la lucha, y fueron impulsados por esas represalias a solidarizarse con la Resistencia, con el FNL (Frente de Liberación Nacional). Jean-Paul Sartre escribió un entusiasta elogio del ciclo asesinatos-represalias-solidaridad en el prefacio a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, en el que afirmó con absoluta mala conciencia colonizadora y con admiración hacia la violencia descolonizadora: “En el primer momento de la revolución, hay que matar. Abatir a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, es suprimir al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre. El sobreviviente siente, por primera vez, un suelo *nacional* bajo sus pies”.<sup>9</sup>

Identificar al grupo enemigo por la memoria de un crimen puede servir de justificación para las matanzas que, con el pretexto de un castigo diferido o una venganza justificada, los asesinos no considerarán criminales. Durante siglos, los judíos han sido torturados, asesinados, quemados, en nombre de su pertenencia a un “pueblo deicida”, una vez resuelto que no se deseaba que la víctima de la crucifixión perteneciera al mismo pueblo que los hombres que habían reclamado su

8. F. Valentin, *Abrégé de l'Histoire des croisades*, Tours, Mame, 1870, pp. 10, 81, 103.

9. Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, Maspero, 1961, p. 20.



muerte. Los odios tribales se prolongan a fuerza de evocaciones, invocaciones a antiguos crímenes atribuidos a la colectividad enemiga. La muerte de un miembro del grupo servirá como justificación para la acción homicida de ese grupo. El nombre del mártir actuará como un emblema, para que su memoria pueda servir, a la vez, como identificación del grupo y como justificación. Muchas veces, los grupos terroristas palestinos toman el nombre de un muerto por su causa, cuando no se trata del nombre de una gran matanza. Sin embargo, Septiembre Negro no se vengó contra el rey Hussein, responsable de la masacre, sino contra el enemigo "imperialista", israelí u occidental en general. En Francia, un grupo terrorista se denominó Pierre Overney, asesinado frente a la fábrica de Renault.

La memoria del otro puede forzar a una pertenencia prioritaria. En la posguerra, muchos jóvenes alemanes descubrieron que su evidente no participación en el crimen no impedía que fueran identificados como alemanes, aunque ellos mismos sintieran que pertenecían principalmente al conjunto "jóvenes", al conjunto "estudiantes" o al conjunto "mujeres". No importaban las pertenencias socialmente vividas: la memoria del exterior creaba la identificación en el interior de la nación, que se transformaba de esta manera, a su vez, en una vivencia muy real.

El culto del recuerdo no lleva necesariamente a las exclusiones, a la glorificación del grupo de pertenencia en la denuncia de grupos enemigos. La Iglesia celebra a los mártires, en principio, no solamente para fortalecer la fe y el sentimiento de solidaridad de los cristianos, sino también para estimularlos a amar hasta el sacrificio, y no a odiar a un enemigo que

solo es enemigo a causa del odio que él le tiene. Cada año, en noviembre, en ocasión del *Volkstrauertag*, jornada nacional de duelo, una ceremonia solemne en el Parlamento de Bonn evoca a todas las víctimas, con un lugar especial para las víctimas de crímenes cometidos en nombre de Alemania.

Pero la conmemoración de la sangre vertida también lleva, casi siempre, a la glorificación de una pertenencia frente a otras pertenencias consideradas negativas. La identificación de los excombatientes no produce necesariamente una delimitación frente al antiguo enemigo: privilegia al conjunto en nombre del cual se ha combatido, es decir, la nación. Lleva, por lo tanto, a juzgar como divisores, si no como traidores, tanto a aquellos que piensan que la nación no debe separarse, aislarse del exterior, como a los que creen que la unidad nacional no debe anular los conflictos internos, en especial los antagonismos provocados por la injusticia social. Conmemorar a los fusilados de la Comuna de París ante el muro de los Federados sirvió, por su parte, durante mucho tiempo, como un gesto de identificación de la Izquierda buena, ante una malvada Derecha, heredera de los ejecutores.

En la vida política y la vida social en su conjunto se producen enfrentamientos de los grupos que luchan por su representatividad. Estos se acercan a los individuos para decirles: "Debes privilegiar la pertenencia que yo encarno. Debes sentirte representado por mí". Por mí, sindicato; por mí, movimiento feminista; por mí, partido político. El recuerdo de las víctimas constituye un arma eficaz en este enfrentamiento. Víctimas de una violencia sangrienta o víctimas de una violencia estructural que aún no fue totalmente eliminada. El llamado a la pertenencia en nombre de la memoria puede



generar conflictos de identidad. Así ocurre con los franceses armenios llamados a considerarse armenios franceses, para los franceses judíos llamados a considerarse en primer lugar judíos franceses.

En sentido inverso, el crimen podrá ser negado, en su naturaleza y en su dimensión, para que su memoria no interfiera con la definición del grupo enemigo actual. Aunque existió la voluntad de exterminar a los judíos en la Alemania de Hitler, y este crimen, por su alcance y su objetivo, ocupó un lugar específico en la gradación del horror, ya no es lícito colocar en el mismo plano a todos los crímenes engendrados por el capitalismo, y mucho menos atribuirle solo al capitalismo todos los asesinatos en masa cometidos en nombre de países con una economía no colectivista. Para preservar la ideología, debe negarse entonces la realidad pasada, y calificar como engañosa su memoria. O bien se negará la intención exterminadora y el grado de exterminio para poder mostrar mejor que el imperialismo genera en todas partes crímenes semejantes.

Sin embargo, más a menudo, un grupo, particularmente una colectividad nacional, intentará silenciar los crímenes o las complicidades cuyo recuerdo debilitaría la buena conciencia que sostiene su memoria colectiva. En Austria, después de 1945, se cultivó el recuerdo del crimen que ocasionó el *Anschluss*, la anexión a Alemania en 1938: era una manera de sentirse víctimas. Pero se borró el consentimiento masivo y ampliamente entusiasta de esa violación, y luego, los actos criminales que la anexión llevó a cometer a muchos austríacos: una participación no memorizada no podría perturbar la conciencia pública, ya que, al ser víctimas, no recibían ningun-

na acusación desde afuera. En Suiza, cuando un escritor o un cineasta recuerda la complicidad con ese asesinato que constituyó el rechazo de refugiados judíos, que se hizo posible por la imposición –a pedido de las autoridades suizas– de una J bien visible en el pasaporte alemán, casi nadie le presta atención, salvo los poderes políticos y sociales que intentan marginarlo para que la memoria nacional no se vea perturbada.

### Faltas de respeto a la lógica

La memoria es heterogénea. Evidentemente, está compuesta de vivencias personales, sobre todo, cuando se ha participado en tragedias. Además se adquiere a una edad en la que no se tiene conciencia de ello. La entrada de un niño en la sociedad, su socialización, depende del aprendizaje del pasado, tal como este se presenta en los relatos familiares y en los manuales escolares. Especialmente en Francia, donde la Historia está presente desde la enseñanza primaria. El joven inmigrante se hace francés tomando como ancestros a Juana de Arco y a Napoleón. O más bien, se hacía: el peso de la “Historia de Francia” disminuyó, a la vez porque su enseñanza evolucionó y porque la escuela tiene ahora un poder limitado ante la presencia constante de los medios de comunicación audiovisuales. La televisión transmite un conocimiento que se manifiesta en el espacio y en el tiempo, por lo tanto, una memoria dislocada, pero esto no presenta solo inconvenientes: el joven telespectador está más disponible para visiones del pasado diferentes de las que le son transmitidas en los principales grupos de pertenencia: familia y nación. Es cier-



to, sin embargo, que las decisiones de los programadores y el trabajo de los realizadores dependen de sus memorias, y por lo tanto, de sus concepciones particulares del pasado y de sus prolongaciones en el presente.

Las emisiones corren el riesgo de ser demasiado respetuosas del poder. El poder de los poderosos de la política y del dinero, deseos de que se presente o se silencie tal o cual perspectiva del pasado. El poder de los espectadores, porque, si se cuestiona su propia memoria, en la que basan sus convicciones, e incluso sus emociones, se los puede perder. Lo mismo ocurre con los manuales: en Francia, en el período de entreguerras, gracias a la valentía de los autores de la famosa colección Malet-Isaac, se presentaba al final de los capítulos dedicados a las guerras de 1870 y de 1914, la traducción de los pasajes correspondientes de los manuales alemanes. Una cadena de televisión también debe ser valiente para poner en tela de juicio los recuerdos franceses, mostrando y dejando hablar a otras memorias. En los regímenes políticos en los que la información —escolar y televisiva— es acaparada por la autoridad política, esta puede decidir los contenidos que se transmiten. En 1988, en la Unión Soviética de Mijail Gorbachov, los manuales de historia fueron retirados de las escuelas. No los reemplazaron inmediatamente, hecho que obligó a suprimir la materia en los exámenes finales. ¿Hasta dónde puede llegar una nueva política de la memoria sin que se quebranten las creencias indispensables para que los ciudadanos acepten el poder de la autoridad? Y si el libre análisis del pasado fuera autorizado en su totalidad, ¿cómo podría evitar la autoridad un análisis realmente independiente del presente?

En todos lados, existe un desfase entre el producto de la investigación histórica y el contenido de los manuales, incluso los de los cursos superiores. Un desfase en el tiempo: se necesita un plazo para que los descubrimientos y los ajustes sean “vulgarizados”. Un desfase en la presentación: la incertidumbre surgida de conocimientos nuevos se encuentra mejor ubicada en la obra erudita que en un manual. Pero el historiador, a su vez, no es un espíritu puro separado de la sociedad. No adquiere ni presenta un saber puro. Está sometido a su propia memoria. Respira el aire de su tiempo. Por eso, corre el riesgo de desviar sus análisis para tornar anodino algún crimen, para exaltar el recuerdo de tal categoría de víctimas más que otra. No necesariamente en forma deliberada, al punto de que su visión de una determinada época pueda influir en su visión de otro período. A veces, existe una influencia recíproca: es el caso de Albert Soboul, que fue durante mucho tiempo un gran maestro de la historia de la Revolución Francesa. ¿Qué parte de su punto de vista sobre 1793 influía en su visión de la Revolución bolchevique y sus repercusiones políticas? ¿Qué parte de su visión de 1917 influía en su perspectiva de 1793?

Interesarse más en los sufrimientos del pueblo que en la gloria del rey fue la tendencia de investigación de Pierre Goubert. Pero el éxito, en 1966, de *Luis XIV y veinte millones de franceses* provino también del aire de una época, en la que el viento soplaba desde la izquierda. Rendir justicia a la grandeza del rey fue la preocupación legítima y personal de François Bluche. Sin embargo, el impacto, en 1986, de su *Luis XIV* se debió al aire de una época en la que el viento soplaba desde la derecha. Para intentar escapar del viento,



primero hay que aspirar el aire, para percibir su orientación y cuidarse de sus efectos. Hay que tener pasión por la verdad, más que la pasión del combate llevado a cabo con el arma de una verdad que no es libre si uno piensa servirse de ella como si fuera un arma. La bibliografía general sobre la guerra de Vendée aclara este aspecto. El libro más importante no se encuentra entre los que defienden una causa. Es el de Jean-Clément Martin, *La Vendée et la France*, que nació de un esfuerzo de comprensión y de simpatía hacia todas las causas. Un esfuerzo que impide tanto la aridez como la parcialidad, y que no excluye la investigación paciente ni el rigor lógico. Son estas las virtudes metodológicas que se deben practicar, sobre todo porque está en juego el recuerdo de los crímenes. Son estas las virtudes que tenemos derecho a exigir de los autores cuyos aportes queremos utilizar.

Pero todo puede ser utilizado, porque el lector sabe que ningún autor puede abstraerse totalmente de su memoria, que el contenido está formado por acontecimientos vividos o por datos de la memoria colectiva de un grupo de pertenencia. A veces, el autor asume su memoria: sin duda, es posible considerar que la manera en que un gran experto del islam como Maxime Rodinson intenta no verse determinado por su pertenencia al judaísmo, corre el riesgo de caer en la opción inversa, la de hablar y escribir para demostrar, para demostrarse a sí mismo, que es libre con relación a esa pertenencia. También se puede pensar que el recuerdo de sus pasadas actitudes de comunista con pensamientos sectarios y de odio conserva aún vestigios de autocomplacencia. Pero, naturalmente, existe la tendencia a creer en alguien que sea capaz de realizar tamaño esfuerzo de autodominio.

A veces hay, en cambio, un rechazo de la memoria. Entonces, cuando se trata de un pensamiento que lleva a condenas categóricas, surge el impulso de la desconfianza o, por lo menos, de la vigilancia crítica. Es el caso de la combativa analista que escribió en los años setenta acerca de “los comunistas y sus judíos”, en los momentos más ásperos de la Guerra Fría, y que se olvidó de decir, quizás hasta de pensar, que ella misma había participado en una forma muy comprometida en aquel combate. Annie Kriegel dice que “lo que los comunistas les proponen a sus judíos es cambiar sus ‘particularidades’ por las de una clase, la clase obrera”. Nadie sospecharía que ella misma escribió entonces: “La ‘solidaridad judía’ no es una concepción comunista. Es una concepción nacionalista-burguesa... El sionismo tiene un fundamento nacionalista y racista”. Y después de haber afirmado que “Hitler se cuidó muy bien de hacerles daño a los judíos de la alta burguesía”, agregó —sobre la base de los límites reales en el interior del campo de concentración de Buchenwald— esta frase absurda: “¿Quién podría olvidar que Léon Blum, desde las ventanas de su mansión, al lado de su mujer, contemplaba la humareda de los hornos crematorios?”.<sup>10</sup>

Para establecer la correspondencia o la diferencia entre los hechos y su memoria —o su olvido— habría que conocer mejor la memoria personal de los autores que los recuerdan o los rechazan. También habría que verificar los documentos que ellos citan para fundar sus conclusiones. Pero, evidentemente, es imposible investigar en profundidad sobre

10. Annie Kriegel, “Les communistes français et leurs Juifs”, en *L'Arche*, revista del Fonds social juif, febrero de 1971.



la Alemania de Hitler y, en forma paralela, ocuparse de la misma manera de Armenia o Camboya. Entonces, se confiará necesariamente en los aportes más convincentes por su rigor, al menos, aparente, y, cuando existe controversia, no se deberá confundir lo esencial con lo accesorio. Es importante, por ejemplo, saber que el capitán Dreyfus no escribió aquel famoso informe: si realmente hubiera surgido de su mano, su condena no habría sido un crimen judicial. Para juzgar en forma retrospectiva a un poderoso movimiento de opinión pública, durante la Guerra Fría, no es ocioso saber que, aunque la ejecución del matrimonio Rosenberg fue un hecho criminal, hoy se considera casi seguro que Julius Rosenberg no era, en absoluto, inocente. Pero es absurdo considerar que el régimen hitleriano se vería casi absuelto si, el 28 de febrero de 1933, no hubieran sido los hitlerianos quienes incendiaron el Reichstag. Uno podrá dejarse convencer de que Hitler simplemente sacó el máximo provecho del incendio provocado por el joven holandés que luego fue condenado y ejecutado tras un célebre juicio, ¡sin pensar por eso que son menos abominables los crímenes hitlerianos de una magnitud mucho mayor que el hecho de incendiar por la noche un inmueble vacío!

Cuando un documento apela a la crítica, esta puede tener muy diversos alcances. ¡Cuántas ironías acerbadas e insinuaciones variadas de parte de los negadores de la matanza de judíos a propósito del *Diario de Ana Frank*! Se trataría de una falsificación: por lo tanto, el texto no sería el testimonio de una persecución. Pero una importante edición crítica nos dice que, efectivamente, existieron cortes y reescrituras parciales. Sin duda un procedimiento censurable, pero que se

explica porque el padre sobreviviente quiso descartar —como se hizo, durante mucho tiempo, con las cartas de Mozart— los pasajes escatológicos y los fantasmas de la adolescente, así como expresiones de sus momentos de rechazo hacia su madre y las personas que, valientemente, les daban asilo. El padre seguramente lo habrá hecho para no desviar el interés del conmovedor relato del encierro y sus consecuencias. Otro ejemplo: aunque una reciente y minuciosa investigación llega a la conclusión de que fueron 1550, y no 3000 o 5000, los forzados protestantes en las galeras del rey, la naturaleza de los crímenes que ocasionó la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV no cambia en absoluto. En cambio, se deberá tener cuidado de no analizar la barbarie sufrida por los armenios de Turquía, en 1915, sin preguntarse sobre la autenticidad de tal telegrama o tal testimonio que demostrarían la voluntad del gobierno de organizar sistemáticamente el exterminio total.

El significado de los hechos establecidos concierne ya sea a la naturaleza y la dimensión del crimen, ya sea a su explicación, es decir, a las cadenas causales cuyo desenlace sería el crimen. Explicar es indispensable si se quiere juzgar, aunque simplemente sirviera para darles sentido a las comparaciones. Pero explicar resulta muy arduo. No solamente porque nunca hay una única causa, un punto de partida preciso que se encontraría “en última instancia”. Y además se corre el riesgo constante de un razonamiento falso. Si digo que cualquier régimen totalitario intenta eliminar por medio de la violencia a sus adversarios reales o ficticios, me inhabilito para explicar que el totalitarismo es la causa de tal o cual crimen, puesto que confundiría un atributo con una causa.



Si Hitler es un producto del capitalismo, pero también lo es Roosevelt, es porque el capitalismo resulta poco explicativo del sistema hitleriano.

Además, ¿qué significa “explicar a Hitler”? ¿Saber cómo se formó su personalidad? ¿Saber cómo pudo seducir a tantos alemanes antes de llegar al poder? ¿Cómo accedió a ese poder? ¿Cuál era la naturaleza de ese poder? ¿Cómo produjo la guerra más sangrienta y las matanzas más horribles? Evidentemente, existen conexiones entre estas diferentes dimensiones: sin los apoyos recibidos, en especial de la derecha antirrepublicana, Hitler no hubiera llegado a ser canciller. Pero no se podrá deducir por eso —sobre todo para sopesar las culpas— que Alfred Hugenberg, jefe del partido nacional alemán y gran empresario periodístico, provocó, causó Auschwitz, en el mismo nivel que Heinrich Himmler, ni tampoco que la ideología de los suyos debía culminar insoslayablemente en el crimen masivo. Lo que lo hizo posible no es idéntico a lo que lo hizo consumarse.

Explicar a Stalin no es explicar en su totalidad el Archipiélago Gulag. Para comprender tres décadas de crímenes, no es suficiente explicar a un personaje. ¿Cuál fue la herencia de represión que recibió al morir Lenin? ¿Por qué y cómo pudo tomar sus peores decisiones y aplicarlas? ¿Cómo y por qué fue obedecido? Durante mucho tiempo —y aún hoy— ha sido especialmente sorprendente ver a hombres que reivindicaban el marxismo, es decir, la explicación por medio de las estructuras económicas y sociales, ellas mismas productoras de estructuras mentales, “explicar” el Gulag por la naturaleza propia y la acción de una personalidad casi desprendida del sistema político y de su infraestructura social y económica.

Cuidémonos también de las nociones sencillas, demasiado simples, por ejemplo, de la noción de interés. Hitler tenía, sin duda, interés en hacer de los judíos un conveniente chivo emisario, porque deseaba aglutinar en un tiempo de crisis a grupos sociales antagónicos. Pero su antisemitismo no fue un recurso racional ante una coyuntura particular. Una prueba es, entre otras, la subordinación de la victoria a la deportación de los judíos, para lo cual los trenes debían estar disponibles en forma prioritaria, a pesar de que necesitaba un buen abastecimiento ferroviario del frente, con hombres y armamento.

Este tráfico ferroviario estaba perfectamente organizado por la *Reichsbahn*, la sociedad nacional de ferrocarriles alemanes. Se podrá encontrar aquí un factor específico para explicar el éxito de la matanza: fue llevada a cabo gracias a los recursos de una administración y de una tecnología igualmente “avanzadas”. Igualmente disponibles, igualmente instrumentalizadas. Pero ¿hasta dónde se puede llegar en la interpretación de este factor? Quizá se deba considerar un rasgo particular de la sociedad alemana, de la cultura alemana, basado en el perfeccionismo administrativo sometido a la autoridad, al poder, una perfección que tiene un trasfondo a la vez prusiano y luterano. Sin embargo, la lógica lleva a preguntar entonces por qué los trenes de deportación pudieron salir de Drancy sin problemas y llegar sin inconvenientes a la frontera francesa...

Sin duda, no habría que impulsar demasiado lejos esta lógica, pues existe el riesgo de caer en absurdos, y justamente muchos crímenes se han cometido en nombre de lógicas desmesuradas. Pero la búsqueda de la coherencia es indispensable si se quiere comparar, si se quiere juzgar. El razonamiento



coherente resulta complicado. Dos hechos situados en lugares muy diferentes de la memoria se pueden cotejar porque parecen semejantes. La coherencia desea que se compruebe esa similitud, pero no desea que se concluya su identidad. Son semejantes hasta cierto punto, pero quizá sea más allá de este punto donde se encuentra lo esencial de la comparación. En especial, si se trata de algo esencialmente moral. En nombre de la coherencia, uno debería prohibirse admirar los fantasmas del marqués de Sade, si cree tener derecho a desaprobar a los torturadores sádicos de nuestro siglo. Y también, explicar al peor criminal del derecho común por sus pulsiones, por el subconsciente instalado en su más tierna infancia, aunque le niegue cualquier explicación de este tipo a Julius Streicher, el condenado de Nuremberg más frenética y groseramente fanático. Pero tal explicación no cambia en nada la dimensión del crimen ni, sobre todo, la naturaleza de un régimen que le permitió justamente a un Streicher hacer prevalecer sus visiones más envilecedoras y asesinas.

Para comprender y hacer comprender lo que significa la búsqueda de coherencia, con toda su dificultad, no hace falta recurrir a razonamientos rebuscados. Bastaría con releer uno de los más hermosos pasajes de esa inagotable novela que es *Los miserables* de Victor Hugo. Recordemos, al comienzo, la visita del bondadoso obispo, Mons. Myriel, al anciano y noble congresista moribundo. Este dice:

—La Revolución Francesa es la consagración de la humanidad.

El obispo no puede contenerse y murmura:

—¿Sí? ¡El 93!

—¡Ah! ¡Allí está usted! ¡El 93! Esperaba esa palabra. Durante mil quinientos años se fue formando una nube. Y usted condena la violencia del trueno.

El obispo sintió, sin confesárselo quizá, que algo lo había herido... Agregó, mirando fijamente al congresista:

—¿Luis XVII?

—¿Luis XVII? Pero veamos. ¿Por quién llora usted? ¿Por el niño inocente? En ese caso, lloro con usted. ¿Por el niño real? Entonces le pido una reflexión. Para mí, el hermano de Cartouche, colgado de las axilas en la plaza de Grève hasta que le llegó la muerte, por el único crimen de ser el hermano de Cartouche, es tan doloroso como el nieto de Luis XV, niño inocente, martirizado en la torre del Temple por el único crimen de ser el nieto de Luis XV...

”Pero volvamos a la explicación que me había pedido. ¿Qué decía usted? ¿Que el 93 era inevitable?

—Inevitable, sí —dijo el obispo—. ¿Qué opina usted de Marat aplaudiendo en la guillotina?

—¿Qué piensa usted de Bossuet cantando el *Te Deum* en las dragonadas?

La respuesta fue dura, pero alcanzó su objetivo con la rigidez de una aguja de acero. El obispo se estremeció. No replicó, pero estaba ofendido por esa manera de nombrar a Bossuet. Los mejores espíritus tienen sus fetiches y, en ocasiones, se sienten un tanto heridos por las faltas de respeto a la lógica.

La lógica de la coherencia del juicio implica algunas faltas de respeto que se deben admitir, ya que no por eso se dejan de considerar las marcas, los sufrimientos que los crímenes han dejado en las memorias.



## Auschwitz por comparación

### Una comparación necesaria y difícil

Hablemos de la prohibición, respetable, pero absurda, para poder transgredirla mejor. Se sostiene que cualquier comparación sería no solo imposible, sino sacrílega. No sería piadoso para las víctimas, sería ofensivo para los sobrevivientes, mencionar otra matanza al lado de lo que ha sido, de lo que sugiere Auschwitz. Hay un primer argumento que merece ser analizado: cualquier intento de comparación debería descartarse, cualquier palabra, aunque no sea comparativa, debería prohibirse, puesto que solo el silencio está a la altura de la *Shoá*.<sup>11</sup> Es posible, en efecto, que solo sea conveniente el

11. Durante mucho tiempo, se habló de la Solución Final, traducción del término *Endlösung* empleado por los responsables nacionalsocialistas para la "cuestión judía". Más tarde, se puso de moda la palabra "holocausto". Esta palabra griega tenía la ventaja de sugerir singularidad, pero su uso responde a un abuso de su significado: el holocausto, en la Biblia, era un sacrificio total realizado mediante el fuego, el sacrificador era un sacerdote, el sacrificio era una ofrenda a Dios, y era total porque se quemaba todo el animal sin guardar nada para el sacerdote o para el oferente. El recurso a la palabra Shoá es el resultado del deseo de usar una palabra de origen hebreo para la singularización. Su raíz significa la inexistencia, la nada, y

dolor silencioso, la contemplación del crimen en la conmemoración callada. Entonces, la palabra debería estar realmente ausente, incluso aquella que desea prohibir hablar. Pero la palabra está constantemente presente, por el contrario: esto se parece a las cavilaciones de los teólogos cuando discurren sin cesar acerca de aquello que ellos mismos definen como indecible.

El segundo argumento, más común, debe ser rechazado por una razón puramente lingüística: la palabra "incomparable" pertenece a la misma categoría inadecuada que la palabra "impensable". Decir que algo es impensable significa que acaba de ser pensado. Al decir que un objeto o un acontecimiento es incomparable, se sobreentiende que ya ha sido comparado, para llegar a la conclusión de que es totalmente otro, en la excelencia o en el horror. La alteridad, incluso radical, solo puede ser legítimamente afirmada después de haber sido establecida. Establecida por la comparación.

La alteridad radical conlleva una diferencia de naturaleza, no de grado. ¿Cómo se puede convencer acerca de una diferencia de naturaleza, sin interrogarse antes sobre la naturaleza de aquello que se afirma diferente, y por lo tanto, sin definir su esencia ni los atributos cuya singularidad se establece, a su vez, solo por comparación? A menos que no se trate de convencer, sino de propagar, de imponer un acto de fe. ¿Y por qué un indígena, un armenio, un camboyano estaría dispuesto a realizar este acto de fe? Por el contrario, la lógica desearía que quien viva en la convicción de la singularidad

---

en la Biblia, especialmente en el Libro de Job (3,1), corresponde a la idea de desolación, de vacío absoluto, de destrucción total.

de la *Shoá* intente compartir esta convicción por medio del razonamiento, es decir, por la comparación.

Todo acontecimiento es único, singular: no es totalmente idéntico a ningún otro. La unicidad, la singularidad de la que se trata en el caso de la *Shoá* es de un orden diferente de la afirmación banal que los historiadores suelen hacer valer frente a los sociólogos deseosos de sistematizar agrupando en series los acontecimientos con características comunes. Los sociólogos señalan que tales características pueden ser más significativas que las diferencias entre acontecimientos de una misma serie, de un mismo grupo. Muchos historiadores coinciden en algo que debería ser obvio: el estudio de las guerras está lleno de significado si se las opone a los conflictos no sangrientos, o si se quiere establecer una tipología de métodos, causas, objetivos, resultados de guerras sobrevenidas en tiempos y lugares diferentes. En esta perspectiva, manifestar que una realidad pasada es única significa que se la declara fuera de categoría. Esta declaración, para tener sentido, debe estar inevitablemente precedida de una comparación detallada: ¿por qué, a pesar de las pertenencias parciales a tipos (asesinatos en masa, persecuciones raciales, crímenes cometidos en el seno de una sociedad industrial con cultura y valores, etcétera), se llega a la conclusión de una especificidad irreducible, radical? También aquí, la afirmación aparece como el resultado de una comparación minuciosa, como desenlace negativo de un intento de tipología que engloba el hecho singular. Incluso la especificidad podría provenir sencillamente del hecho de que esa realidad es la única que señala criterios significativos en un conjunto particular.



Dos nociones peyorativas han ocupado y ocupan todavía un amplio espacio en el debate sobre la naturaleza y la memoria de la *Shoá*. Una, la “historización”, es de una temible oscuridad. Otra, la “banalización”, posee un alcance moral ambiguo. Si “historizar” quiere decir considerar con impasibilidad deshumanizada, eso es injuriar a los historiadores, ya que implica que en sus manos cualquier hecho pasado se convierte, de alguna manera, en un objeto muerto, fuera de la sensibilidad del analista que hace la autopsia y del lector que toma conocimiento de la autopsia. Si “historizar” significara remitir a un pasado caduco cuyo alcance no es de actualidad, sería necesario dividir en dos este significado: sí, Auschwitz pertenece cada vez más al pasado porque cada vez quedan menos sobrevivientes –víctimas y verdugos–, y porque el conocimiento del horror se comunica en las escuelas de hoy a sus nietos y, ya también, a sus bisnietos; no, una realidad pasada no está, en absoluto, ausente del presente solo porque es antigua, en la medida en que, precisamente, la realidad humana incluye lo que está presente en los espíritus, por lo tanto, la visión del pasado, la memoria, que se aprende del mismo modo que la memoria de un hecho personal vivido. Por último, si por “historización” se entiende el hecho de someter el acontecimiento “historizado” a la investigación crítica de los historiadores, aunque fuese a expensas de creencias respetables, conviene decir en voz alta que nada es más deseable –para la *Shoá* como para cualquier otro dato del pasado–, y que esa “historización” es un bien metodológico y ético.

Por su parte, “banalizar” tiene, por lo menos, dos significados. Depende de la finalidad de la comparación. Banalizar el sida puede querer decir: “Es una enfermedad entre otras en-

fermedades, así que no le debemos atribuir demasiada importancia”, o bien: “Se trata de una enfermedad espantosa cuya singularidad es que aún no tiene remedio: ¡no dejemos que el horror del sida aleje de nuestras conciencias y de nuestra acción sanitaria el flagelo que representa el cáncer, el flagelo de la droga!”. En el primer caso, banalizar es *bagatelizar*. En el segundo caso, es quitarle su aspecto singular. Sí, existe una manera escandalosa de decir que los muertos del exterminio deben incluirse entre todos los innumerables muertos del período considerado, que Auschwitz es, en resumen, un “detalle” en el panorama de la gran matanza del período entre 1939 y 1945. Pero ¿resulta menos escandaloso, para los sobrevivientes o los herederos de las víctimas de otras masacres –cometidas antes o después, o aun cometidas por los ejércitos alemanes contra otros, además de los judíos–, decir que esas matanzas entran en la categoría de lo banal?

Para hacer comparaciones que permitan establecer la naturaleza, los aspectos, el alcance de una especificidad, de una singularidad, ¿es conveniente utilizar herramientas conceptuales especiales? Algunas de ellas son, en todo caso, perjudiciales o inútiles, o aun de difícil uso. La noción de fascismo pertenece a la primera categoría, la de totalitarismo, a la segunda, y la de genocidio, a la tercera. Las tres han tenido un lugar importante en las discusiones, y también en las memorias de las décadas de la posguerra.

Mussolini se decía expresamente fascista. Su régimen era fascista: esto implicaba la dictadura y la policía, la propaganda y la convocatoria de las masas, la voluntad proclamada de promover un pueblo obediente en detrimento de las antiguas castas dirigentes. Y también, de afirmar y desarro-



llar la grandeza de la nación, aunque fuera por medio de la conquista. ¿Fueron fascistas Hitler y su régimen? Sin duda, pero ¡qué pobre calificación! El racismo —no solamente el antisemitismo—, la voluntad deliberada de esclavizar a pueblos “inferiores” después de haber conquistado sus territorios, el odio y el desprecio como fundamentos de actitudes y de acción: el fascismo no incluye necesariamente todos estos ingredientes. Pero son precisamente estos los que importan para analizar el horror, más que la relación de los poderosos de la política con los poderosos de la economía. El preámbulo de la Constitución francesa de 1946 hablaba de la victoria “lograda sobre los regímenes que intentaron avasallar y degradar al ser humano”. No definía de la misma manera al fascismo, aunque, en esa época, la coalición que gobernaba estaba fundada en el antifascismo. Este definía el campo de los vencedores, sin ubicar realmente en un lugar particular a una categoría específica de víctimas: en un primer momento, hubo una muy significativa ausencia de diferenciación entre los diversos campos de concentración y entre los destinos de los prisioneros. Además, la división antifascismo-fascismo llevaba a creer o a hacer creer, como lo expresaba la misma frase del preámbulo de 1946, que la victoria había sido la de los “pueblos libres”, incluyendo al pueblo soviético, que de este modo se suponía libre.

La noción de totalitarismo ha sido creada, en gran parte, para permitir, por el contrario, la unidad conceptual entre el régimen de Hitler y el de Stalin, entre dos formas de opresión asesina. Tuvo varias definiciones. En efecto, en un régimen completamente totalitario debería haber una autoridad que ejerce todos los poderes, empezando por el poder de definir la

verdad para todos. Esta verdad incluye, a su vez, la memoria. Como se lee en *1984* de George Orwell: “Quien controla el pasado, controla el porvenir; quien controla el presente, controla el pasado”. El totalitarismo implica la desaparición tan completa como sea posible del espacio privado: el espacio mental y también el espacio social. La fórmula de Goebbels “Tú no eres nada; tu pueblo es todo” iba en este sentido: el pueblo estaba evidentemente encarnado y determinado por la voluntad del Führer. Pero, entonces, la sociedad alemana bajo el nazismo nunca fue totalitaria, ya que había muchos y, a veces, grandes intersticios, refugios. Habría, asimismo, cierta contradicción en negar la existencia de estos y, al mismo tiempo, querer mantener la noción de responsabilidad, de culpa individual. El régimen soviético de la misma época tendía a ser más totalitario porque la sociedad que dominaba era, desde el comienzo, menos diferenciada que la sociedad alemana. Pero, sobre todo, ni Hitler ni el mismo Stalin emprendieron la destrucción total de la memoria existente, de la transmisión cultural. Quizás el único que intentó en el seno de su pueblo la dispersión de las familias para despojar de identificación a los individuos fue Pol Pot, quien manifestó, de esta manera, una aspiración absolutamente totalitaria.

La voluntad de exterminio no está necesariamente ligada al totalitarismo, y no está obligatoriamente definida por este. Los dirigentes turcos que masacraron a tantos armenios y entregaron tantos niños armenios a familias musulmanas turcas para destruir su identidad y darles una nueva, no encabezaban un régimen totalitario. Sin embargo, el consentimiento a la orden de matanza, la instrumentalización de hombres en verdugos torturadores y la aceptación de la categorización



de víctimas —especialmente para su deshumanización— son tanto más fáciles de obtener cuanto más completo es el poder del Poder sobre las estructuras y sobre los espíritus.

Podría parecer que el concepto de genocidio es el más apropiado para orientar la reflexión comparativa. El asesinato, el exterminio de una especie humana, ¿no es una designación clara, unívoca, para un crimen específico? Sin embargo, surgen dos dificultades. La primera proviene del uso cada vez más frecuente de la palabra genocidio. La segunda se encuentra en el texto de la ONU, que, no obstante, se supone que da una definición rigurosa.

Cuando el título o el subtítulo de algún libro sobre la masacre de los armenios incluye la palabra genocidio, significa que el autor o el editor quiere proclamar de entrada lo que él considera que es la naturaleza del crimen, y al mismo tiempo imponer la idea de que Auschwitz no poseía una especificidad radical. En cambio, el título del libro de Reynald Secher, *El genocidio franco-francés*, tiene una intención polémica, pero no para “insinuar que los nazis, en 1943, no eran peores que los revolucionarios de 1793”, y disminuir así la magnitud de Auschwitz, como dijo erróneamente un editorial de la revista judía *Passages*, titulado “¡Genocidios! Shoá, kurdos, armenios, la Vendée... ¿debe mezclarse todo?” (n° 11, noviembre de 1988), sino, al contrario, para proclamar, como aporte a un debate ideológico, que la Revolución fue culpable de horrores del mismo orden que el nazismo. Lo indica claramente Pierre Chaunu, un historiador prestigioso y tenaz, en el prólogo de un libro sobre el Terror, en el que coloca en paralelo “la incomprendibilidad del genocidio nazi y la incomprendibilidad del genocidio jacobino”. En otro sentido, cuando el historiador

alemán Ernst Nolte recurrió al concepto de “genocidio tendencial” para ubicar en el mismo plano los hechos e incluso las más diferentes intenciones, fue con la intención de hacer ingresar, en cierto sentido, al nazismo en el orden de la criminalidad banal.

La Convención sobre el Genocidio de la ONU inaugurada el 9 de diciembre de 1948, y abierta, en principio, hasta fines de 1949 para que todos los Estados miembro la firmaran, inició de esta manera sus consideraciones:

Las partes contratantes:

Considerando que la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, por su resolución 96 del 11 de diciembre de 1946, ha declarado que el genocidio es un delito de derecho internacional contrario al espíritu y a los fines de las Naciones Unidas, y que el mundo civilizado condena;

Reconociendo que en todos los períodos de la historia el genocidio ha infligido grandes pérdidas a la humanidad;

Convencidas de que para liberar a la humanidad de un flagelo tan odioso se necesita la cooperación internacional;

Convienen en lo siguiente:

Artículo I: Las partes contratantes confirman que el genocidio, ya sea cometido en tiempo de paz o en tiempo de guerra, es un delito de derecho internacional que ellas se comprometen a prevenir y a sancionar.

Artículo II: En la presente Convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como por ejemplo:



- a) Matanza de miembros del grupo.
- b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo.
- c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física total o parcial.
- d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo.
- e) Traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo.

El artículo II crea algunos problemas, porque excluye ciertos conceptos e incluye otros. Para obtener mayoría, y no por razones conceptuales, fue necesario erradicar grupos humanos definidos por pertenecer a un grupo político o económico: algunos autores de uno de los dos mejores libros disponibles sobre la problemática del genocidio<sup>12</sup> rechazan esta eliminación. En cuanto a los grupos enumerados en la Convención, ¿cómo se demuestra la intención de destruir totalmente una parte del grupo? ¿Qué cantidad de miembros asesinados o heridos en su integridad física o mental debe considerarse para que exista genocidio? Y ¿existe genocidio cuando se controlan los nacimientos en un grupo oprimido?

Por otra parte, ¿es posible descubrir una voluntad no solo de matar sino de exterminar? ¿Y es necesario investigar la cantidad de víctimas? En una lista no exhaustiva de doce ge-

12. *Genocide and the Modern Age. Etiology and case studies of mass death.* Ed. por I. Wallimann y M. Dobrowski, Nueva York, Greenwood Press, 1987. El otro libro es de Leo Kuper, *Genocide. Its political use in the twentieth century*, Newhaven, Yale University Press, 1981.

nocidios perpetrados durante el siglo XX, se encuentran miles de miembros de una etnia indígena paraguaya, al lado de otras víctimas más numerosas asesinadas por alemanes, por nigerianos, por indonesios. La lista en sí misma apenas sirve para establecer criterios de análisis como “genocidios posteriores a la guerra y posteriores al imperio”, “genocidios poscoloniales” (cometidos por ex colonizados), “genocidios posrevolucionarios”, “genocidios de conquistas”.<sup>13</sup> Se establece la idea básica de que “el Holocausto resulta indiscutiblemente el caso más abominable de genocidio moderno. Sin embargo, tiene muchas semejanzas estructurales, internas y externas a la sociedad, con genocidios menores”: esta expresión deja abierto el interrogante acerca de las no semejanzas, las especificidades, las singularidades.

Para comparar, el ideal sería llegar a una clasificación sistemática, a una sistematización de las características, y a una especie de medida para determinar la importancia de cada una de ellas. No debe pensarse en obtener resultados. Sencillamente, debemos procurar interrogarnos sin cesar sobre la identidad de los que dieron las órdenes y de los asesinos, sobre sus intenciones proclamadas y/o reales, sobre la alteridad del grupo-víctima con relación al grupo para el cual, por el cual, dentro del cual, en nombre del cual fue cometido el crimen. Y también sobre la naturaleza, la cultura de la sociedad-víctima, tomando conciencia, de la mejor manera posible, de las tentaciones contrarias. En los siglos pasados, las sensibilidades eran diferentes, y quizás algunos crímenes aná-

13. Barbara Harff, “The etiology of genocides”, en Wallimann y Dobrowski, *op. cit.*, pp. 41-59.



logos resultaban menos atroces. Pero ¿si ya se reivindicaban los mismos principios que hoy? Juzgar, y también describir en los mismos términos, no juzgar ni describir en los mismos términos: las dos actitudes pueden ser injustas. Realizar distinciones entre niveles de desarrollo y de civilización de grupos víctimas de crímenes parecidos: se puede caer en el racismo si no se considera dramática la desaparición de categorías “inferiores”. No efectuar esta clase de distinciones es correr el riesgo de ignorar la dimensión de esta barbarie cuando las víctimas están insertas en la cultura del grupo homicida.

### Etnocidios lejanos y cercanos

A veces, nos imaginamos que las acciones sangrientas de los pueblos occidentales, en la conquista de otros continentes, sucedieron hace muchos siglos, en especial cuando se registraron la captura y la trata masiva de africanos y, aún más, cuando se produjeron las conquistas españolas de América Central y del Sur. Es cierto que esta conquista estuvo marcada por innumerables matanzas, por la casi desaparición de etnias enteras: algunas formaban parte de civilizaciones poco desarrolladas, otras eran culturas especialmente antiguas y creativas. Y, en América latina, siguieron agregándose, a los millones de muertos de los siglos de la conquista, las víctimas de los múltiples y continuos etnocidios de nuestro tiempo. La lista es larga, en particular, para las tribus de la selva amazónica: estas no solo se vieron reducidas a la hambruna al ser expulsadas de sus tierras, sino que se las sometió

a tortura, a fusilamientos, al napalm, al envenenamiento y a epidemias provocadas deliberadamente, a veces, con el aval de la autoridad política y, muchas veces, con su aceptación o su abstención con conocimiento de causa.

En los Estados Unidos, la “aniquilación del piel roja”<sup>14</sup> en el siglo XIX fue el acompañamiento y la consecuencia de una larga sucesión de compromisos jurídicos violados (en 1861, se firmó el noveno “tratado” que otorgaba garantías territoriales: una vez más, estas garantías no fueron respetadas) y de traslados inhumanos a territorios alejados, cuyos sobrevivientes fueron nuevamente expulsados pocos años más tarde. Entre el *Removal Act* de 1830, que echó a los indios del este del Misisipi, y el *Allotment Act* de 1887, que redujo el territorio de las reservas de 140 millones a 50 millones de acres, ¡cuántos muertos a causa del hambre y el frío, en batallas sin prisioneros y en matanzas sin batallas!

Muchas veces, la crueldad exterminadora estuvo a cargo de “conquistadores” privados que marchaban hacia el Oeste. Hay muchos documentos sobre exterminios deliberados ordenados por jefes militares; por ejemplo, el general Carleton, después de haber tomado el mando en Nuevo México en 1862. “Todos los hombres deben ser asesinados (*slain*)”, “hay que matar a todos los indios”, “hay que matar a todos los mezcaleros” (este nombre reaparecería un siglo más tarde en Alemania durante el movimiento terrorista...). En 1869, el general Ord se enorgullecía de haber alentado a sus

14. Siegfried von Nostitz, *Die Vernichtung des roten Mannes*, Dokumentarbericht, Dusseldorf, E. Diederichs, 1970, documento citado a continuación.



tropas a expulsar a los apaches como bestias salvajes y exterminarlos (*root out*). En 1868, el general Sherman anunció que no consideraría ninguna acusación por crueldad o inhumanidad, y que dejaría que sus tropas actuaran como quisieran, ya que había que impedir que los indios, esos “enemigos de nuestra raza y de nuestra civilización”, recomenzaran su guerra. A propósito de una tribu que, en 1879, asesinó a un oficial, Sherman manifestó la necesidad de exterminarla, de hacerla desaparecer de la faz de la tierra. La matanza de los sioux en Wounded Knee en 1890 entró en la leyenda de las películas del Lejano Oeste. A comienzos del siglo XX, la población indígena de los Estados Unidos alcanzó su número más bajo. Fue necesario esperar a 1924 para que los sobrevivientes y sus descendientes adquirieran los derechos políticos y se convirtieran en ciudadanos de la democracia estadounidense.

En cuanto a Australia, ¿es “una nación fundada sobre el genocidio”, como dice el historiador Tony Barta? Si para que exista genocidio debe haber una intención deliberada o, por lo menos, consciente, de exterminio, la respuesta es negativa. Los blancos que construyeron Australia desde 1788 tenían la convicción de que los aborígenes (*ab origines*: presentes desde el origen), distribuidos por el inmenso territorio, no eran sus propietarios y que simplemente ocupaban una *terra nullius*, una tierra que no pertenecía a nadie. Y la declinación de la población autóctona se debió, en gran parte, a la destrucción de sus recursos alimenticios, por el desarrollo del ganado que devoraba las plantas con las que se alimentaban las personas, pisoteaban e impedían el paso a las fuentes de agua. La distinción que efectuó el obispo de Sydney en

1837 podría ser retrospectivamente aceptable: “*Those who are most in contact with the Europeans will be utterly extinct –I will not say exterminated– but will be extinct*” (“Aquellos que están más en contacto con los europeos serán totalmente extinguidos, no diré exterminados, pero sí extinguidos). También existió el deseo de la extinción. Un editorialista escribió en 1846: “Perpetuar la raza de los aborígenes no es deseable. Sería inútil negar que son una raza inferior de seres humanos”. También hubo allí matanzas durante todo el siglo XIX, e incluso en el siglo XX. En una reunión pública, en 1824, un poderoso ganadero declaró que lo mejor sería fusilar a todos los negros, sobre todo a las mujeres y a los niños, para librarse de esa raza. Poco después, se declaró la ley marcial, se exterminó a una tribu completa y se hirvieron cuarenta y cinco cabezas para que los cráneos pudieran ser exportados como *souvenirs*. Se podría decir, quizá, que la culpa del criminal está atenuada si no tiene conciencia de haber cometido un crimen: después de la matanza de Myall Creek, en 1838, se realizó un juicio que indignó a la población y a los acusados, quienes declararon que “no sabían que al destruir a los aborígenes violaban la ley”.

Los límites entre la inconsciencia y la hipocresía no son sencillos de determinar. Ni para Australia ni para la Francia esclavista. Así, el Código Negro, promulgado en 1685 por Luis XIV, no reglamentaba la trata de negros (el comercio de esclavos al continente americano alcanzó su intensidad máxima entre 1730 y 1780), sino que regulaba el estatus de los esclavos en las Antillas francesas. El texto muestra cómo es posible tratar a los hombres como simples objetos y, a la vez, querer hacerlos cristianos. Los esclavos eran bienes



“muebles” cuyos hijos les pertenecían a sus propietarios. “Los niños que nazcan de matrimonios entre esclavos –dice el artículo 12– serán esclavos y les pertenecerán a los amos de las mujeres esclavas”, y ellos mismos no podrán “tener nada que no sea de sus dueños” (art. 28). Pero el artículo 2 estipulaba: “Todos los esclavos que estén en nuestras islas serán bautizados e instruidos en la religión católica, apostólica y romana”. Es de suponer que, mientras los instruían, no les leían a san Pablo, que escribió: “No hay esclavo, ni hombre libre [...] todos ustedes son uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 28).

Aquí, los miembros de la raza inferior no eran una pequeña minoría. En Santo Domingo, eran incluso cada vez más: 154.000 esclavos sobre 170.000 habitantes en 1753; 465.000 sobre 523.000 en 1789. En cambio, no todos los seres inferiores debían hacerse católicos. El artículo primero del Código Negro anunciaba muy extrañamente: “Queremos y entendemos que el edicto del difunto rey de gloriosa memoria, nuestro muy honrado señor y padre, del 23 de abril de 1615, debe ser ejecutado en nuestras islas. Para ello, ordenamos a todos nuestros oficiales que expulsen de nuestras islas a todos los judíos que hayan establecido allí su residencia”. Según la tradición, estaban calificados como “enemigos declarados del nombre cristiano”.

Los irlandeses eran católicos sin ser negros. Después de la revuelta de 1641 contra la tutela inglesa, fueron privados de la posesión de sus tierras bajo la legislación de Cromwell, quien, además, tampoco ejerció una práctica demasiado restrictiva de la represión. En 1649, explicó cómo había prohibido tomar prisioneros durante la reconquista de una ciudad: “Pienso que esa noche, ellos (nuestros hombres) han matado

(*put to the sword*) alrededor de dos mil hombres”.<sup>15</sup> Después de Cromwell, los irlandeses fueron solamente 500.000. En 1841, la muy fecunda población de Irlanda ascendía a 8.200.000 habitantes. Y años más tarde, era de 6.600.000 habitantes, cuando tendría que haber superado los 9 millones. Ocurrió que, entretanto, 1 millón de irlandeses habían emigrado, en general, para huir de la Gran Hambruna, y alrededor de 1.500.000 personas habían fallecido a causa del hambre, del tifus o de otras enfermedades provocadas por la hambruna. Las pérdidas de población variaron, según los condados, entre 15 y 29%.

La penuria alimenticia y el desempleo eran el patrimonio habitual de una región que dependía casi únicamente de la papa, de manera tal que una plaga significaba la hambruna. Pero el gobierno británico tuvo una gran responsabilidad directa en el desastre humano que representó “una hambruna del siglo XIII que golpea a una población del siglo XIX”, como dijo en 1847 uno de los dirigentes de Londres. Sobre todo cuando, después del Acta de Unión que entró en vigor el 1° de enero de 1801, Irlanda e Inglaterra eran, en principio, una sola nación, y la economía irlandesa estaba, en teoría, integrada a la economía inglesa. La responsabilidad era doblemente ideológica. Por una parte, en nombre de la doctrina del libre comercio, no era necesario intervenir demasiado ni repartir demasiadas ayudas, ni limitar el poder que poseían

15. Texto de *The good old cause. The English Revolution of 1640-1660*, Christopher Hill, London, F. Case, 2ª edición, 1969. Citas siguientes en Ceil Woodham-Smith, *La grande famine d'Irlande, 1845-1949*, Plon, 1965.



los propietarios ingleses —que residían en su mayoría en Inglaterra— para expulsar a las familias de campesinos que no podían pagar su arrendamiento. Por otra parte, había desprecio por los irlandeses, deseo de castigarlos por su espíritu indomable, y también, falta de consideración por los pobres en general. Se sabía que la expulsión representaba “una sentencia de muerte por medio de una tortura lenta”, y sin embargo no se actuó: “La propiedad, decían los Comunes, perdería su valor, y no habría más inversiones posibles en agricultura si no se le reconociera al *landlord* el derecho inviolable y sagrado de administrar sus bienes a su antojo”. Sir Charles Edward Trevelyan, principal autor de la política practicada durante la hambruna, sabía que los irlandeses tenían necesidad de los envíos gubernamentales de víveres. Pero detuvo esos envíos: “El gobierno dejará de importar, y no proveerá ningún producto comestible. Las compras gubernamentales no hicieron más que paralizar el comercio. ¿Podremos esperar que los comerciantes asignen cantidades suficientes de mercadería para eliminar el hambre, si el gobierno, al vender a bajo precio, los priva de su beneficio?”.

A la pregunta comparativa que acude a la mente, una de las respuestas posibles es la de Cecil Woodham-Smith: “En ocasiones, se calificó de genocidio al tratamiento aplicado a Irlanda por el gobierno británico durante la hambruna. Le reprocharon a este —y no solo los irlandeses— haber exterminado al pueblo irlandés como lo había querido ‘extirpar’ Cromwell. Una vez más, es necesario juzgar de acuerdo con los conceptos de la época, y no con los de hoy, ya que el rigor con el que el gobierno británico trató a la población irlandesa no es muy diferente del que, años más tarde, empleó

con sus propios soldados en Crimea”. Se podría agregar: ni del rigor con el que trató al proletariado inglés, en ese mismo momento, en las minas y las hilanderías. Pero ¿existe, en realidad, una semejanza entre la insensibilidad hacia la miseria de un ejército, hacia la inhumanidad de las condiciones de trabajo, y el acto político que significó la negativa a organizar una ayuda inmediata, masiva, para evitar que centenares de miles de irlandeses, pertenecientes a otra etnia británica, murieran atrozmente de hambre, mientras que una ayuda importante, pero absolutamente insuficiente, era enviada por estadounidenses sensibilizados, fueran o no de origen irlandés?

La tragedia armenia fue de otra índole. Es la que se suele usar con mayor frecuencia en las comparaciones, ya sea para atenuar su alcance —se trate de preservar la singularidad de Auschwitz o de disminuir, en la política internacional actual, la dimensión de un crimen deliberado—, ya sea para colocar en el mismo plano dos exterminios. En el primer caso, se mencionan otros dramas del siglo XIX, como las matanzas en Grecia en 1821, en Bulgaria en 1876, otra vez la Vendée y las represiones coloniales. En el segundo caso, se utiliza intencionalmente el vocabulario de la identificación, en especial, el concepto de Solución Final de la cuestión armenia.

Existe consenso para considerar que el asesinato masivo de 1915 tuvo una especie de preámbulo, de ensayo general, veinte años antes, bajo Abdul Hamid, sultán desde 1876. Él fue el responsable de la masacre de decenas de miles de armenios (entre 40.000 y 300.000, según las diversas estimaciones) cuando, en el congreso de Berlín de 1878, se comprometió a “efectuar, sin más demoras, las mejoras y las reformas



que exigían las necesidades locales de las provincias habitadas por los armenios, y garantizarles su seguridad contra los circasianos y los kurdos". En el otoño de 1895, las ciudades y las aldeas armenias fueron atacadas, con la complicidad y la participación de las autoridades. El cónsul de Francia en Diarbekir le telegrafió a su ministro: "Las matanzas de Diarbekir fueron hechas sin provocación por los musulmanes de la ciudad. El *vali* (jefe de distrito), el comandante militar y el jefe de gendarmería permanecieron impasibles ante las escenas de horror, y no hicieron absolutamente nada para impedirlos. He visto con mis propios ojos a soldados y gendarmes unirse a musulmanes y a kurdos para tirar contra los cristianos: entre ellos, fueron masacrados alrededor de 5000 en este distrito, en tres días". En Urfa, en la Mesopotamia, el cónsul británico, durante una investigación realizada al año siguiente, habló de 8000 armenios asesinados, de los cuales 3000 fueron quemados en la catedral.

En 1915, la magnitud de la matanza y sus consecuencias para eliminar al grupo armenio del territorio, que ya era totalmente turco, fueron muy diferentes. En el mes de agosto, el cónsul alemán en Erzerum escribió a Berlín: "Ahora, la expulsión de los armenios llega a su fin, esto quiere decir que en la zona de este consulado ya no hay más armenios". Un año más tarde, el embajador de Alemania resumió la situación para su gobierno: "La nueva ley completa las medidas del gobierno destinadas a destruir a los armenios otomanos como nación viviente. Después de la deportación en masa, la matanza de hombres y la islamización forzada de los sobrevivientes, se llevó a cabo la confiscación de bienes, y ahora la destrucción de la comunidad política".

Los motivos del partido *Ittihad*, llamado de los Jóvenes Turcos, que gobernaba el Imperio desde 1908, han sido interpretados de diversas maneras. Dijeron que temían una complicidad entre los armenios de Turquía y los de Rusia, es decir, una traición de los armenios otomanos en beneficio de Rusia. Pero, aunque en períodos anteriores existieron conflictos sangrientos entre etnias del Imperio, no se manifestó ninguna deslealtad cuando Turquía entró en guerra del lado de Alemania y Austria. Por el contrario, la ideología del partido de los Jóvenes Turcos había cambiado. Cuando ocuparon el poder, mantuvieron buenas relaciones con los partidos revolucionarios armenios, porque la meta en común era transformar las estructuras económicas y sociales del Imperio. A partir de 1910, apareció como prioridad otra transformación completamente distinta: en nombre del nacionalismo turco, había que lograr una Turquía totalmente turca, islámica, y por lo tanto era necesario disminuir, si no eliminar, la influencia, el espacio, la cantidad de los demás grupos, especialmente de los cristianos.

Existen abundantes informaciones sobre los horrores de 1915, prolongados hasta 1917, en particular gracias a los partes que enviaron los diplomáticos alemanes en funciones en el país aliado, mediante correos especiales, y también gracias a los pedidos urgentes y detallados de intervención que presentaron algunas organizaciones alemanas, sobre todo religiosas, ante su gobierno. No obstante, las autoridades turcas hicieron todo lo posible para impedir que la información circulara, como lo hizo luego el gobierno alemán entre 1940 y 1944. La censura fue total, y los oficiales o funcionarios que no se callaban eran sancionados.



Al principio, se eliminó a la elite de la comunidad armenia de Constantinopla (comunidad que, como la de Esmirna, luego quedó a salvo: esto sirvió como argumento para establecer la diferencia con el genocidio hitleriano), y a los armenios de los organismos del Estado. Después, desarmaron a los soldados armenios del ejército turco, enrolados en unidades auxiliares. Luego, junto con pogromos para nada espontáneos, se llevó a cabo la deportación masiva hacia regiones desérticas, donde los sobrevivientes fueron definitivamente condenados al hambre. En el trayecto, se produjeron horrores variados: masacres, violaciones en masa, raptos de niños destinados a la esclavitud. Grupos enteros fueron degollados por los turcos o por los kurdos. Un informe del embajador alemán puso como ejemplo a un grupo de 3000 personas (la mayoría, mujeres, muchachas jóvenes y niños) que se incorporaron, después de catorce días de marcha, a un grupo de 18.000 personas. Setenta días después, solo quedaban 35 mujeres y niños de los 3000, y 150 sobrevivientes de los 18.000. Los demás murieron de hambre y agotamiento, o asesinados.

Entre los documentos destinados a demostrar la voluntad deliberada del gobierno, en particular la de Mehmed Talaat, principal organizador de las deportaciones, de exterminar completamente a la comunidad armenia, quizá sea mejor descartar los más espectaculares. Por ejemplo, la confesión que habría hecho Mustafá Kemal, futuro Atatürk, durante un juicio realizado después de la guerra: en realidad, se trataría casi con certeza de una confusión de persona. También un conjunto de telegramas atribuidos a Talaat, de dudosa autenticidad. Pero, en la comparación, la respuesta es sencilla,

puesto que tampoco se conoce la existencia de ningún texto de Hitler en el que figure la orden de exterminio. Y aunque las *Memorias* del embajador estadounidense Morgenthau pudieran ponerse en duda en cuanto a su exacta fidelidad a las palabras que él informó, los documentos más oficiales, como las leyes de devolución de personas que se consideraban definitivamente desaparecidas, demostraron que, en el espíritu de esos dirigentes, no se trató, en absoluto, de un simple desplazamiento de población o de reagrupamientos destinados a conjurar el peligro de una complicidad con el enemigo. La deportación, con hambruna o no, acompañada de matanza, era un medio, menos visible que la destrucción en el lugar mismo, para eliminar a una población completa. Por su finalidad asesina, esa deportación se distinguió claramente de la inhumana deportación que sufrió la población de Phnom Penh en 1975.

Poco importa entonces el balance numérico final. La evaluación de la cantidad de muertos (después de contar los sobrevivientes en Turquía) y de los refugiados en la Armenia rusa va desde 800.000 hasta 1.500.000, e incluso 2.000.000. Estas diferencias provienen, en parte, de las discrepancias en el recuento de pobladores armenios de la Turquía de 1914. El desmembramiento, la desaparición de la comunidad armenio-turca se produjo en medio del horror, con la complicidad activa de toda una administración que además castigaba a sus miembros reticentes. Participaron en los asesinatos muchos kurdos, un grupo étnico que, sin embargo, también fue víctima, en el pasado y hasta la actualidad, de numerosas matanzas. Con la complicidad por abstención de los países enemigos de la Turquía en guerra, Francia y Gran Bretaña



denunciaron el crimen sin tomar medidas específicas de represalias, y ni siquiera de intimidación, que hubieran podido interrumpir los hechos. Y aún más con la complicidad del país amigo que era Alemania. El gobierno de Berlín tenía la preocupación contradictoria de no aparecer como cómplice y de no chocar demasiado con el aliado turco: esto hizo que no se transmitieran los pedidos de acción de sus diplomáticos y sus testigos nacionales, ellos mismos incómodos por el deseo de no perjudicar a su país en guerra.

### Las matanzas de judíos antes de Hitler

Los armenios otomanos fueron deportados y asesinados en su calidad de armenios. Con Hitler, los judíos fueron deportados y asesinados en su calidad de judíos. Antes de analizar las diferencias que tal similitud puede encubrir, es conveniente plantear otra pregunta: ¿hasta qué punto el asesinato de judíos por ser judíos fue una especificidad hitleriana? ¿Qué parte le corresponde, en la interpretación, en la explicación de la *Shoá*, a la larga tradición de un sangriento antisemitismo específicamente cristiano? En 1986, Simon Wiesenthal publicó *El libro de la memoria judía. Calendario de un martirologio*. A continuación se transcribe un ejemplo de lo que se lee en la fecha del 25 de mayo:

1096: Los ejércitos de la primera cruzada asedian el castillo del obispo de Worms, a orillas del Rin (Alemania), donde se han refugiado alrededor de 300 judíos. Los que no aceptan el bautismo son degollados o se suicidan...

1556: En Sochaczew, se juzga un caso de profanación de una hostia. Una criada polaca acusa a su amo Ben Yacha y a otros cuatro judíos, supuestos cómplices. Tres de ellos son torturados y, el 25 de mayo, Ben Yacha muere en la hoguera, aunque el rey de Polonia Segismundo Augusto había ordenado su libertad.

1737: Después de un auto de fe, doce personas mueren en la hoguera en Lisboa, acusadas de judaizar (es decir, de descender de judíos convertidos por la fuerza y practicar clandestinamente la religión judía).

1919: Cuatrocientos judíos son degollados, y muchas mujeres judías son violadas durante el tercer pogromo que efectuaron en cuatro meses los aliados del Ejército nacional ucraniano de Simon Petliura en Radomsyl (distrito de Kiev).

1942: El gueto creado en Kovel (Volhinia, R.S.S. de Ucrania) se divide en dos partes: una destinada a los hombres y a las mujeres que aún pueden trabajar, otra para los ancianos y los enfermos próximos a morir.

Deportan a 1000 judíos, hombres, mujeres y niños, del campo de concentración de Theresienstadt a Lublin, y luego al campo de exterminio de Majdanek, donde todos ellos son asesinados, con excepción de un relojero, usado por los nazis.

1943: Deportan a 2862 internos judíos del campo de reagrupamiento de Westerbork al campo de exterminio de Sobibor. Deportan a 203 judíos de Viena (Austria) al campo de concentración de Theresienstadt.

La sección del 26 de mayo comienza así: "1171: Toda la comunidad de la ciudad de Blois es quemada en la hoguera como consecuencia de la primera acusación de asesinato ri-



tual en Francia". Y más adelante: "1942: Un transporte de 1000 deportados judíos de Viena (Austria) llega a Minsk. Se los conduce de inmediato a las fosas cerca de la ciudad, donde son fusilados". El 27 de mayo: "1096: Ejércitos de la primera cruzada bajo el mando del conde de Leiningen llegan a Maguncia (Alemania) y comienzan a asesinar a los judíos de la ciudad, a pesar de la protección que les otorgaba el emperador germánico Enrique IV. Son estrangulados 1300 miembros de la comunidad, que estaban refugiados en el castillo del obispo", y "1943: En Tluste (Tolstoya, R.S.S. Ucrania), los nazis llevan a 3000 judíos, reunidos en la plaza del mercado, al cementerio, donde son asesinados". Se encuentran menciones semejantes para casi todos los días del año. A veces, la matanza se realizaba en contra de la voluntad del Papa, de los obispos, o, como en el caso de la segunda cruzada, de san Bernardo. Pero se encuentran rastros de la costumbre de atribuirles a los judíos las catástrofes naturales (la peste de 1349 provocó matanzas especialmente numerosas a través de toda Europa) desde 1020, cuando, después de un huracán en Roma, el papa Benedicto VIII hizo arrestar a judíos acusados de profanar hostias, que confesaron todo bajo tortura, y después fueron quemados en la hoguera. Como lo fueron las víctimas de los autos de fe: los últimos se realizaron en la segunda mitad del siglo XVIII. El pueblo "deicida" era capaz de todos los crímenes, entre ellos, el "asesinato ritual". Esta creencia se perpetuó a través de los siglos. Debajo de un grabado antiguo que muestra la muerte de Simón de Trento a manos de judíos que usaban la "ruedita", insignia que se retomó muchos años más tarde como la estrella amarilla, se lee:

Un niño cristiano, Simón de Trento (Italia), fue encontrado muerto. Samuel, un judío rico, y varios de sus correligionarios, fueron acusados de su muerte y sometidos a tortura. El niño fue considerado mártir, mientras que los judíos fueron encerrados y torturados, en marzo y abril. El 23 de junio, quemaron a Samuel en la hoguera, y a los demás, los quemaron o los torturaron en la rueda. Simón de Trento fue venerado como un mártir hasta la intervención del Vaticano en 1965.

Por cierto, los judíos no fueron las únicas víctimas de los crímenes cometidos en nombre de Cristo. Durante las cruzadas, la cruz, de hecho, estuvo simbolizada por la empuñadura de la espada que golpeaba el cráneo de los "infieles" musulmanes, y también a los cristianos de Oriente. En 1213 y 1214, la cruzada de los albigenses provocó escenas que un sacerdote, participante y testigo, describió con franqueza y buena conciencia: "Arrojamos a un pozo a la dama del castro, que era la hermana de Aimeric y la peor hereje, y el conde hizo que la cubrieran de piedras. Nuestros peregrinos quemaron a gran cantidad de herejes con una inmensa alegría". Otra anotación acerca de una hoguera: "Encontramos allí a siete herejes de la secta de los valdenses. Se los condujo enseguida ante el legado pontificio, confesaron su impiedad con toda claridad, y nuestros peregrinos se apoderaron de ellos y los quemaron con inmensa alegría".<sup>16</sup> Pero el antisemitismo subsistió con mayor persistencia y vigor. El padre Bailly, jefe de redacción

16. *La croisade albigeoise*, presentado por Monique Zerner-Chardavoine, Julliard, "Archives", 1979, pp. 131 y 139.



del periódico católico *La Croix* escribió en noviembre de 1890: "No pedimos que se masacrè al pueblo deicida... Pedimos que se efectúen sangrías a su oro, que es la sangre de nuestro pueblo". No matanzas, pero sí medidas que siguieran el ejemplo de los rusos. "En el país del zar —explicaba *La Croix*—, los judíos son vigilados en forma constante. Como solo piensan en engañar a las autoridades, se los responsabiliza colectivamente. Tienen casi vedado acceder a las universidades y a las funciones públicas, y si se permiten la menor manifestación, se ejecuta a algunos de ellos".<sup>17</sup> En octubre de 1890, el padre Bailly escribió:

Un hombre sincero nos escribe: "Habría que hacer una petición, que firmarían todos los franceses que quisieran desembarazarse del yugo que los oprime, para pedirle al Parlamento:

1. que los judíos, como no pueden poseer dos nacionalidades, recuperen su situación de extranjeros en Francia;
2. que los extranjeros que perturben la paz del país, que subleven a las diferentes clases de ciudadanos unas contra otras, y siembren el odio y la división, sean expulsados de Francia".

En otro artículo, sugirió la creación de un "inmenso gueto": no resulta difícil establecer un nexo con el antisemitismo del partido nacionalsocialista desde su primer programa en 1920. *La Sociologie catholique* publicó en su número de

17. Ejemplo ruso, citado en Pierre Sorlin, *"La Croix" et les Juifs. 1880-1899*, Grasset, 1967.

marzo-mayo de 1898 un artículo titulado: "La cuestión judía considerada desde el punto de vista de la raza y las costumbres". Allí decía:

Los necios, los imprudentes y los escritores vendidos a los judíos intentan enternecernos en cuanto al destino de estos. Sus desgracias solamente son el justo castigo por su abominable conducta... ¿Qué son varios miles de judíos asesinados, en comparación con los cristianos reducidos a morir de hambre, de miseria, o *impedidos de nacer* a causa de la usura, las exacciones, las estafas de los judíos? Si por cada cristiano a quien los judíos le han impedido que viviera, se hubiera matado a un israelita, el último sectario del Talmud habría desaparecido de la faz de la tierra hace mucho tiempo.<sup>18</sup>

Ni siquiera Auschwitz fue suficiente para agotar la fuente del antisemitismo cristiano, pues todavía en 1946, Jules Isaac, apóstol de la fraternidad judeocristiana, debió protestar enfáticamente contra un exitoso libro del famoso autor católico Daniel-Rops. En efecto, este escribió en *Jesús en su tiempo*:

¿Debido a qué misteriosa ley de restitución y de similitud, estos ultrajes y estas persecuciones azotan desde hace veinte siglos a la raza que, más que los feroces soldados y que Pilatos, tomó sobre sí misma el oprobio, y que reclamaría,

18. Citado en Pierre Pierrard, *Juifs et Catholiques français. De Drumont à Jules Isaac*, Fayard, 1970, p. 117.



como un honor, la responsabilidad de la sangre derramada? [...] A través de los siglos, en todas las tierras por las que se dispersó la raza judía, cae la sangre y, eternamente, el grito de muerte lanzado en la sala de audiencias de Pilatos cubre un grito de angustia mil veces repetido... Le corresponde a Israel, sin duda, el haber matado a su Dios después de haberlo desconocido, y, así como la sangre llama misteriosamente a la sangre, quizá le corresponda a la caridad cristiana el hacer que el horror del pogromo compense, en el secreto equilibrio de las voluntades divinas, el insostenible horror de la Crucifixión.<sup>19</sup>

### El racismo alemán fuera del antisemitismo

En Alemania, y más aún en Austria, donde Adolf Hitler nació en 1889, el antisemitismo, el racismo antijudío, estuvo presente con mucha fuerza a fines del siglo XIX y en la primera parte del siglo XX. Reivindicaba la tradición católica y, en la Alemania guillermina, sobre todo un protestantismo que encontraba una justificación en los violentos ataques de Lutero contra los judíos.

Pero no debería reducirse el racismo hitleriano al antisemitismo. A pesar de Gobineau en Francia, a pesar del sentimiento de superioridad racial de los colonizadores franceses e ingleses hacia los pueblos colonizados, la convicción de que las naciones están formadas por pueblos-etnias de diferente

19. Citado en Jules Isaac, *L'enseignement du mépris*, Fasquelle, 1962, pp. 137-138.

valor, la convicción de que existe una "raza" superior a las demás fue, por sobre todo, alemana. Ya desde el punto de vista lingüístico, resulta significativo que ningún derivado del sustantivo francés "*peuple*" (pueblo) corresponda al concepto de *Völkisch*, derivado del sustantivo equivalente alemán *Volk*. El adjetivo *völkisch* tiene una connotación étnica, si no racial, que corresponde en principio a la idea de que un pueblo, una nación, determina la pertenencia decisiva de quienes han nacido en su seno, y de nadie más. Los nórdicos superiores a la gente del sur, los "arios" superiores a los "no arios", los germanos superiores a los eslavos: decididamente, el racismo nacionalsocialista no se reduce al antisemitismo. Pero, si así fuera, no hay que simplificar el crimen racial hitleriano a la tentativa de exterminar a los judíos. Otros crímenes y otras categorías de víctimas deben tomarse en consideración.

La violencia estuvo presente desde los primeros años de existencia de NSDAP, el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán. No cesó cuando, en 1930, un brusco avance electoral le permitió esperar una llegada legal al poder. En agosto de 1932, fueron detenidos nueve miembros de las SA, las Secciones de Asalto del partido, por matar a golpes a un militante comunista en su casa, en la aldea silesiana de Potempa. Hitler les envió un telegrama de "fidelidad ilimitada". Y, como la víctima era polaca, el *Völkischer Beobachter*, órgano del partido, escribió: "Para el nacionalsocialismo, un alma no es el equivalente de otra alma, un hombre no es igual a otro hombre. Para él, no existe el 'derecho en sí mismo'. Su meta es la fuerza del hombre *alemán*, reivindica la protección de ese alemán, y todo el derecho, la vida social, la política y la economía deben subordinarse a esta meta".



Después de 1945, constantemente se planteó en Alemania, aún más que en otros países, la punzante pregunta: “*Wie konnte es geschehen? Wie war es möglich?* – ¿Cómo pudo ocurrir eso? ¿Cómo pudo ser eso posible?”. Uno de los múltiples significados de “eso” se refería a la llegada al poder, al acceso al poder total del hombre de quien el *Frankfurter Zeitung*, el más respetado de los periódicos, escribió con valentía el 31 de enero de 1933, al día siguiente del nombramiento de Hitler como canciller: “Hasta ahora, no le ha dado a la nación ninguna prueba de su calificación humana para la cancillería”. Hacía falta valentía, en efecto, porque, paralelamente a los procedimientos constitucionales, la brutalidad continuaba y se oficializaba. Se yuxtaponían la abdicación de unos y la violencia contra otros. La abdicación, no tanto por la adhesión del 43,9% de los votantes que le habían dado su respaldo al partido nacionalsocialista en la última elección, realizada el 5 de marzo de 1933, como por la aceptación por parte del Reichstag, el día 23, de la ley constitucional que le otorgó todos los poderes a Hitler. Otro periódico todavía libre y respetado, el *Vossische Zeitung*, había escrito el día anterior: “No se limitarán a la suspensión de los siete derechos fundamentales... ya descartados por la disposición del 28 de febrero. Además, tal legislación no estará asociada a los preceptos que aseguran que todos los alemanes son iguales ante la ley, que los jueces son independientes y están sometidos a la ley, que no se puede aplicar ninguna pena que no haya sido establecida con anterioridad al delito, que todos los habitantes del Reich tienen una total libertad de conciencia y de creencia... No se trata, de ninguna manera, de inventos de la Constitución de Weimar... Se trata de los fundamentos jurídicos sobre los que

se desarrolló la cultura del mundo europeo desde hace dos siglos”. Los socialistas se negaron. A los comunistas se les prohibió ocupar sus bancas. Los demás aceptaron. En parte, por miedo. Como aceptaron tantas organizaciones y agrupaciones, por adhesión o con la esperanza de salvarse si dejaban que atacaran al vecino. El pasaje, a la vez entusiasta, resignado y forzado, de una democracia liberal a un sistema políticamente totalitario, constituye una originalidad, incluso con el precedente italiano, que forma una especie de segundo plano de los interrogantes sobre la especificidad ulterior del horror.

Pero el horror es ante todo el terror. Y no cualquier terror policial. En los primeros campos de concentración, creados en la primavera de 1933, no solo se encarcelaba a los opositores para aislarlos, como ocurrió con el joven diputado socialdemócrata Kurt Schumacher que, en el Reichstag, había calificado al nacionalsocialismo como una “exhortación al canalla que duerme en cada hombre”. El encierro también tenía por objetivo la humillación, el sufrimiento físico, la degradación. Y fueron centenares de miles los alemanes que sufrieron, y a menudo murieron, en Buchewald y en otros sitios, mucho antes de la llegada de los primeros deportados extranjeros.

La violencia interior precedió a la violencia de una guerra que provocó decenas de millones de víctimas y que fue absolutamente deseada por Hitler. Esta voluntad, manifiestamente criminal, apenas fue percibida por un pueblo aletargado por promesas de paz: en 1938, después de Múnich, Hitler amonestó a los directores de sus diarios porque habían dejado que la alegría de la paz preservada invadiera los espíritus: en lo



sucesivo, debían insuflar la voluntad de la guerra. Apenas lo lograrían, pero los discursos que Hitler dirigía en secreto a los jefes del ejército eran muy claros. El 3 de febrero de 1933, les dijo: “¿Cómo deberá emplearse el poder político reconquistado? Quizá ganando nuevas posibilidades de exportación. Quizá –y esto sería lo mejor– conquistando un nuevo espacio vital hacia el Este y lograr su germanización implacable (*rücksichtslose Germanisierung*)”. Y el 22 de agosto de 1939: “Hemos establecido una relación personal con Stalin. Von Ribbentrop firmará el tratado pasado mañana. En este momento, Polonia está en la situación en la que yo quería ubicarla. No tenemos que temer el bloqueo. El Este nos proveerá de trigo, ganado, carbón, plomo, zinc. Únicamente temo que, a último momento, un sinvergüenza cualquiera presente un proyecto de mediación”.

Stalin no se daba cuenta de que el espacio vital habitado por “razas inferiores” no se limitaba a Polonia. Es verdad que los polacos fueron especialmente oprimidos, maltratados, masacrados por el desprecio a los eslavos. Pero también hubo mucho desprecio asesino hacia los pueblos de territorios invadidos después del 22 de junio de 1941, y aún más hacia los soldados tomados prisioneros en la primera ofensiva contra la URSS. Entre junio y diciembre, murieron 1.400.000. De los 3.400.000 soldados hechos prisioneros hasta el 1° de febrero de 1942, solo sobrevivió el 40%.<sup>20</sup> Cuando un general se quejaba por el tratamiento que se les infligía –hambre, epide-

20. Cifras y citas del minucioso estudio de Christian Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetrussischen Kriegsgefangenen*, Stuttgart, DVA, 1978, pp. 135-136, 17 y 185.

mias que no eran combatidas, castigos, fusilamientos y otras represiones–, el mariscal Keitel, jefe del comando supremo de la Wehrmacht, argumentaba: “Esos escrúpulos corresponden a conceptos de soldado sobre los combates caballerescos. Aquí se trata de aniquilar una ideología”. En la guerra contra la URSS, se combinaba el antieslavismo con el antibolchevismo, y este último estaba ligado al “judaísmo internacional”. Cuando se realizó el traslado masivo de prisioneros hacia los campos de concentración en Alemania, en especial a Bergen-Belsen, para que murieran allí, el jefe de la Gestapo, Müller, pidió que fueran excluidos los prisioneros que se encontraban en tan mal estado que ya estaban visiblemente destinados a la muerte” (*offensichtlich dem Tode verfallen*). Los comandantes de los campos de concentración se quejaban de que aproximadamente entre el 5 y el 10% de los *Sowjetrussen* (soviéticos) sentenciados a la ejecución llegaban muertos o casi muertos a los campos... En especial, se ha comprobado que, por ejemplo, durante las marchas a pie desde la estación de tren hasta el campo, una importante cantidad de prisioneros de guerra se desplomaban en el camino, muertos o semimuertos, y debían ser recogidos por los vehículos que los seguían. Era inevitable que el pueblo alemán notara lo que ocurría. Por lo tanto, había que ocultárselo.

Como hubo que ocultar otros asesinatos, también cometidos en suelo alemán, pero contra alemanes; por ejemplo, contra los disminuidos mentales. Con el propósito de preparar a las jóvenes mentes para su desaparición, se incluyó en un libro escolar el siguiente ejercicio matemático: “Un alienado cuesta diariamente 4 marcos; un inválido, 5,5 marcos; un criminal, 3,5 marcos. En muchos casos, un funcionario cobra



por día solo 4 marcos, un empleado, 3,5 marcos; un aprendiz, 2 marcos. 1) Realice un gráfico con estas cifras. 2) De acuerdo con estimaciones prudentes, en Alemania existen aproximadamente 300.000 alienados, epilépticos, etc., en las clínicas. Calcule cuánto cuestan anualmente estos 300.000 alienados y epilépticos. ¿Cuántos préstamos de 1000 marcos, no reembolsables, se les podría dar a los jóvenes matrimonios, si pudiera ahorrarse este dinero?".<sup>21</sup>

El 1° de septiembre de 1939, Hitler emitió una breve instrucción que ampliaba la competencia de los médicos para otorgar la *Gnadentod* (muerte administrada como un acto de piedad) a los enfermos incurables. La eutanasia ya estaba en marcha. Se practicaría como asesinato sistemático de los disminuidos físicos y mentales, y de los ancianos, por medio de la hambruna deliberada, con inyecciones y, finalmente, en la cámara de gas. Recogían a los niños disminuidos de las clínicas, los hospicios y los centros de salud, y los transportaban a instituciones "especializadas". Desde allí, sus cenizas eran enviadas a sus familias como si hubieran sufrido una muerte natural, cuando, en realidad, habían instalado hornos crematorios para incinerar la gran cantidad de cadáveres, por ejemplo, en el *Landesheilanstalt* (establecimiento regional de salud) de Hadamaar o en la *Anstalt Bernburg*. Uno de los ayudantes reclutados para "curar", en este último establecimiento, contó: "El Dr. Eberl me preguntó si yo sabía de jardinería, y cuando le contesté que, efectivamente, tenía algunos conocimientos, me dijo que, entonces, yo sabía que

21. Citado por H. J. Gamm, *Der braune Kult*, Hamburgo, Rütten & Loening, 1962.

era necesario eliminar la hierba mala. Se hacía lo mismo con ellos: los que eran indignos de vivir (*lebensunwerte*) debían desaparecer... Cuando llegamos, tuvimos que presenciar la primera muerte colectiva en cámara de gas".<sup>22</sup> Sin embargo, no mataban a todos los enfermos. A partir de 1940 (después de un censo especial efectuado en abril) se les dio un trato especial a los pacientes judíos, que fueron exterminados luego en forma más sistemática.<sup>23</sup> La protesta de las Iglesias, especialmente del cardenal von Galen, logró un cese oficial del programa de "eutanasia", pero, en realidad, no fue interrumpido en absoluto. Y las investigaciones que se realizaron cuarenta años después demostraron que mucha gente sabía lo que ocurría con los enfermos, en particular con los niños, empezando por el personal de las casas de salud de donde se los sacaba, y los alcaldes de las localidades donde estaban estos nosocomios.

Había otra categoría de hombres, mujeres y niños destinados a la destrucción, aunque finalmente esta no fue realizada en su totalidad. En 1936, un artículo alemán titulado "Pueblo y Estado" decía: "El judío y el gitano están muy lejos de nosotros porque sus ancestros eran completamente diferentes de nuestros ancestros nórdicos".<sup>24</sup> El racismo antigitano poseía una larga tradición en Europa. En parte, porque eran nómadas, y existía una tendencia a trasladar a todos los nómadas

22. Citado en *Dokumente zur "Euthanasie"*, hgg. von Ernst Klee, Francfort, Fischer, 1985, p. 135, volumen complementario de E. Klee, "*Euthanasie im NS-Staat. Die "Vernichtung lebensunwerten Lebens"*", íd., 1983-1985.

23. Véase el siguiente capítulo.

24. Citado en Donald Kenrick y Gratton Puxon, *Destins gitans. Des origines à la "Solution finale"*, Calmant-Lévy, 1972, p. 69.



el odio y el desprecio manifestados hacia los diversos grupos de gitanos, *romas* y *sintis*. En 1941, Himmler decidió resolver el problema de los nómadas (*Landfahrerproblem*) sobre una base racial (*rassischer grundlage*). Se establecieron siete categorías de nómadas que iban desde el Z (*stammesechter Zigeuner*, gitano de origen auténtico) hasta el NZ (*Nicht-Zigeuner*, no gitano), pasando por el “mestizo gitano con sangre predominantemente gitana”, “mestizo con sangre predominantemente alemana”, etcétera. A continuación, hubo una larga lista de exclusiones, reagrupamientos, encarcelamientos, deportaciones desde Alemania, y luego desde otras regiones de la Europa conquistada. Se los hizo morir de hambre, por agotamiento debido a trabajos forzados, por asesinatos, y finalmente en las cámaras de gas. En Auschwitz, se creó un campo dentro del campo para los gitanos. De los treinta mil detenidos, sobrevivió la décima parte. Llegaban convoyes de gitanos de todos lados a Ravensbrück, Mauthausen, Majdanek. Cinco mil, entre ellos aproximadamente dos mil seiscientos niños, fueron ubicados en un rincón del gueto judío de Lodz. Se rodeó su barrio con un muro doble y una trinchera. “En el transcurso de ese invierno extremadamente frío, los alemanes rompieron todos los vidrios de las ventanas. Quince días más tarde, se declaró una epidemia de tifus. Los alemanes no enviaron ningún socorro médico. Pero dos médicos judíos fueron como voluntarios para ayudar a los enfermos. Uno de ellos, el Dr. Glaser, murió de tifus. Durante los dos primeros meses, murieron seiscientas trece personas. Todos los días salían del barrio carros cargados de cadáveres. Algunos cadáveres estaban atrocemente mutilados, les faltaban algunos miembros. En marzo y abril de 1942, los gitanos que

quedaban fueron deportados a Chelmo, y allí fueron asesinados en cámaras de gas”.<sup>25</sup>

### De la exclusión de seres humanos al exterminio de piojos

Con la masacre de los minusválidos nació y se perfeccionó el método de muerte en la cámara de gas, hasta el punto de que los “técnicos” fueron transferidos de los hospicios a los campos de concentración para aplicar sus conocimientos. En estos centros de salud, se acostumbraba marcar los cuerpos de las víctimas con un signo particular para señalar que tenían dientes de oro, y arrancárselos después de asesinarlos. En los campos de exterminio, el oro así recogido constituía, junto con el cabello, los anteojos y la ropa, un valioso recurso en la explotación económica de los deportados, vivos o muertos. Pero el vínculo muy real entre los métodos de asesinatos y las formas de rapacidad bárbara no remite necesariamente a una identidad de significado entre el crimen contra los disminuidos y el crimen contra los judíos, del mismo modo que la voluntad de genocidio no crea obligatoriamente tal identidad entre la matanza de judíos y la de gitanos.

Hay que partir de 1933, y no de la puesta en marcha de la “solución final” que se realizó durante los últimos años del régimen hitleriano. En la república de Weimar había, por supuesto, antisemitismo, pero el medio millón de judíos miembros de las comunidades israelitas y sus familias, así como

25. Kenrick-Puxon, *op. cit.*, pp. 225-226.



todos aquellos cuya identidad judía afirmaría Hitler, formaban realmente parte de la sociedad alemana. Pero no todos en la misma medida. Los *Ostjuden*, que provenían de Europa oriental, eran considerados, con frecuencia, como *Polacken*, incluso por muchos israelitas muy distinguidos. Y entre las abdicaciones de la primavera de 1933, entre las traiciones efectuadas con la esperanza de salvarse a sí mismos, debe señalarse la manera en que algunos personajes destacados rechazaron la solidaridad entre todos los judíos, como se sugiere, muy a propósito, en la película *Holocausto*. El 4 de junio de 1933, el *Berliner Tageblatt*, cuyos editores judíos habían sido echados en abril, publicó una declaración del secretario general de la Unión de Judíos Nacional-Alemanes: "No es importante saber que muchos judíos se consideran hoy solo víctimas inocentes, y tampoco importa que un hombre sobreexcitado proclame que 'el judío' es la encarnación de la mentira y del engaño... La verdad es que los judíos alemanes no son castigados hoy por su 'maldad', sino por su irreflexión y su debilidad... Por debilidad sentimental, los judíos alemanes no se decidieron a actuar contra los judíos del Este con la dureza que constituía un deber para todo alemán...".

Pero la amplia contribución de los "ciudadanos alemanes de confesión israelita" a la vida cultural, científica, médica y jurídica de la Alemania weimariana era muy evidente: la primera República alemana, paralelamente a sus variadas debilidades, constituyó una especie de breve edad de oro de una cultura y de una civilización. Y precisamente fue la integración de los judíos lo que hizo que su exclusión progresiva, su extirpación por etapas, fuera un fenómeno particular, cuya visibilidad creó el problema de la culpa por abstención,

sin duda más que la ignorancia real, imaginaria o simulada—durante un período de guerra y sufrimiento—, acerca de lo que realmente ocurría con los judíos lejos del territorio alemán. En efecto, las primeras medidas discriminatorias no llegaron, de ninguna manera, con la legislación proclamada en Nuremberg en 1935. En 1933, la lista ya era tan extensa que bastan pocos ejemplos para mostrar el sentido de la evolución:<sup>26</sup>

- 1° de abril: boicot de las tiendas judías por las SA.
- 7 de abril: ley sobre "la reconstitución de la función pública". Eliminación, entre otros, de todos los funcionarios no arios (reglas especiales para los judíos excombatientes).
- 22 de abril: exclusión de maestros no arios de asociaciones docentes.
- 23 de abril: introducción del *Arierparagraph*, la disposición sobre los arios, por la Unión Alemana de Farmacéuticos.
- 7 de mayo: licenciamiento de todos los obreros y empleados judíos del Ejército.
- 22 de agosto: en muchas localidades, prohibición para los judíos de bañarse en las piscinas, baños-duchas públicos, etcétera.
- 13 de septiembre: la ciencia de la herencia (*Vererbungslehre*) y la *Rassenkunde* son materias obligatorias de examen para todos los estudiantes.
- 7 de noviembre: modificación del estatus del personal de ferrocarriles. Ninguna persona de descendencia no aria o

26. Cronología anexada al fundamental libro de Raul Hilberg, *La destruction des Juifs d'Europe*, Fayard, 1988.



que haya contraído matrimonio con una mujer no aria puede ser funcionario de la *Reichsbahn*. Los funcionarios arios que contrajeran matrimonio con una mujer no aria serán despedidos.

13 de noviembre: los no arios no pueden actuar como jueces ni como jurados.

Las reacciones judías fueron muy variadas ante la discriminación que se acentuaba sin tregua y ante la exclusión, que era acompañada cada vez más por la pérdida de los medios de subsistencia. La idea de que había que irse de Alemania no se impuso de inmediato en todos los casos. En 1933, hubo 37.000 emigrantes judíos. En 1934, la Noche de los Cuchillos Largos, la eliminación de los jefes SA más vulgares y brutales, hizo renacer la esperanza de que una vida aceptable sería posible, aunque fuera bajo un régimen abiertamente antisemita. Sin embargo, este régimen los incitaba a emigrar, con la condición de que pagaran por obtener ese derecho. Todavía en enero de 1939, una circular de Heydrich especificaba que se liberaría a los judíos encarcelados después de la Noche de los Cristales del 9 de noviembre si poseían papeles que garantizaran que serían recibidos en otro país europeo. Solo a partir del 23 de octubre de 1941 la emigración se prohibió en forma definitiva: se había puesto en marcha el proceso de exterminio. En total, aproximadamente 254.000 judíos salieron de Alemania entre 1933 y 1939; a estos se agregaron otros 23.000 entre 1940 y 1941. Si no emigraron más fue, en gran parte, por la negativa de otros países —Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Francia, Suiza— a recibirlos en grandes cantidades. En especial, el gobierno estadounidense

no se limitó a restringir la cuota de inmigrantes alemanes, sino que exigía que cada uno de ellos tuviera un *affidavit*, un certificado de acogida y asistencia que debía proveer un habitante de los Estados Unidos. A causa del pago exigido a la salida, así como por los recursos necesarios para la llegada, los judíos acomodados podían emigrar con mayor facilidad que los más desfavorecidos. Pero los judíos con mayor nivel económico eran, a menudo, los más integrados, los más profundamente alemanes, y por lo tanto, a veces, los que estaban más dispuestos a permanecer a pesar de las medidas cada vez más severas que se les imponían.

En las escuelas, los alumnos judíos, antes de ser enviados a establecimientos judíos que más tarde cerrarían, fueron relegados en sus cursos, a un *Judenbank*, un banco especial para judíos. La exclusión social de los alumnos y de sus padres estaba en vías de completarse cuando, el 1° de septiembre de 1941 —dos días antes de los primeros asesinatos experimentales con cámaras de gas en Auschwitz—, se impuso el uso obligatorio de la estrella amarilla (*judenstern*) en todo el territorio del Reich, a partir del día 15. Después de la Noche de los Cristales, hubo encarcelamientos y medidas variadas contra los judíos que permanecían en libertad; por ejemplo, la prohibición de frecuentar teatros, cines, museos, el retiro de los permisos de conducir, ¡e incluso la prohibición de poseer palomas mensajeras!

También, de manera cada vez más frecuente y sistemática, se expulsaba a los judíos de sus casas, que en ocasiones eran ocupadas a la fuerza por arios, o expropiadas a beneficio de nuevos ocupantes designados por las autoridades. Esas expulsiones fueron el pretexto para, primero, confinar a los



judíos en locales deliberadamente superpoblados y, luego, llevarlos a guetos. Las expulsiones y confinamientos eran aceptados por las asociaciones religiosas (*Kultusgemeinden*) judías. En octubre de 1940, la de Múnich difundió entre sus miembros la exigencia del *Gauleiter*, jefe regional del Partido, para que se respetasen las reglas de ocupación de viviendas: por lo menos dos personas en las habitaciones pequeñas, tres para las menos pequeñas. Cuando, en septiembre, ya se habían creado dos “campos para judíos”, el de Milbertshofen y el de Berg-am-Lain, esta misma entidad se comunicó con la Asociación Nacional de Judíos de Alemania (*Reichsvereinigung der Juden in Deutschland*) para recolectar una cantidad suficiente de objetos, y le envió una larga lista: mantas, vajilla, sillas, etcétera. En forma consciente o inconsciente, los representantes oficiales del judaísmo alemán —como lo harían los jefes de las “organizaciones representativas” en Francia— siempre intentaban evitar lo peor, a partir de la experiencia milenaria de la persecución y las matanzas a las que el pueblo judío había podido sobrevivir. Las medidas de exclusión también habían ocurrido en otros siglos, y siempre terminaban por ser revocadas. ¿De qué habría servido una insurrección?

En realidad, lo peor ya estaba en marcha. No era solamente una exclusión, una simple creación de guetos, sino una tentativa radical de exterminio de todos los judíos de Alemania y de Europa. La idea de erradicar a otros pueblos, además de los judíos, no fue considerada absurda en sí misma por la jerarquía SS. Simplemente, parecía inaplicable. En abril de 1942, el responsable de la sección racial (asuntos judíos) del ministerio para los Territorios Ocupados del Este escribió, en

un grueso informe sobre el *Generalplan Ost* de Himmler: “La propuesta de Abel, acerca de la eliminación de los rusos, no se puede aceptar por razones políticas y económicas, sin hablar de la imposibilidad de su ejecución práctica... De todas maneras, una aniquilación biológica total de los pueblos rusos (*Russentum*) no está en nuestro interés, puesto que nosotros mismos no estamos en condiciones de ocupar ese espacio con nuestros hombres”. Y también: “De más está decir que no se puede resolver el problema polaco liquidando a los polacos como hacemos con los judíos. Semejante solución del problema polaco marcaría al pueblo alemán hasta un futuro lejano, y nos granjearía las antipatías de todos, especialmente porque los demás pueblos cercanos considerarían la eventualidad de un tratamiento parecido en un momento dado”.<sup>27</sup> Pero los judíos sí podían ser atrapados, confinados, fusilados en masa, asesinados con gas dentro de camiones, y por último, en instalaciones mejor adaptadas para el exterminio parcial o total de contingentes que llegaban de los campos no especializados en el “tratamiento especial” (*Sonderbehandlung*) final.

Una vez puesta en marcha la máquina, fue posible matar a millones de hombres, mujeres y niños. Primero a quienes, en principio, eran incapaces de trabajar, y luego a los que habían sobrevivido al trabajo agotador con gran escasez de alimentos: el “residuo resistente” era particularmente peligroso, ya que podía traer al mundo a vengadores. La máquina funcionaba porque estaba manejada por una administración idónea, con una juiciosa distribución de tareas. El 25 de ju-

27. Citado en L. Poliakov y J. Wulf, *Le III<sup>e</sup> Reich et les Juifs*, Gallimard, 1959, pp. 187 y 189.



nio de 1942, Heydrich les informó a todos los responsables de la SP y del SD (policía y servicio de seguridad), y a los *Einsatzgruppen* –grupos de intervenciones encargados de las ejecuciones masivas–, bajo la rúbrica “Tema: solución final de la cuestión judía”, que, en lo sucesivo, él era el responsable de tomar todas las medidas organizativas y materiales para obtener una solución en conjunto de la cuestión judía, en las zonas de influencia alemana en Europa. En otro nivel de responsabilidad, y en el seno de otra estructura jerárquica, el 20 de julio de 1942, el secretario de Estado del ministerio de Transporte le escribió con absoluta tranquilidad al jefe SS Wolf que, a partir del 22, un tren diario con 5000 judíos iría de Varsovia a Treblinka y, también, un tren bisemanal con 5000 judíos de Przemysl a Belsek, pero que los transportes de Varsovia a Sobibor debían ser interrumpidos hasta octubre por reparaciones en las vías...

La organización implicaba además la explotación económica de los detenidos, en especial, poniéndolos a disposición de empresas industriales, y además, la puesta a punto de los mecanismos sistemáticos de las matanzas. En cierto sentido, los actos de sadismo, de crueldad gratuita en los campos durante el último período, fueron “excesos”: contrariamente a las humillaciones infligidas a los detenidos de los años treinta, no tenían como objetivo envilecer a los seres humanos frente a los cuales los SA de servicio se habían sentido inferiores: ahora, de todos modos se los consideraba como subhombres, no-hombres. Dándole un sentido diferente de la horrible afirmación de que solo se habrían matado piojos en Auschwitz, se podría decir que, en efecto, solo mataron a una clase de insectos, porque los exterminadores deliberadamente quisieron

que millones de hombres, mujeres y niños experimentaran *La metamorfosis* descrita por Kafka: la transformación de un ser humano en un bicho que se aplasta, y luego se barre o se quema.

Mataron a los judíos por el hecho de ser judíos. Su pertenencia ni siquiera estaba determinada por una vida en grupo, aunque una buena parte de los judíos orientales habían vivido en comunidad antes de ser asesinados, en sus pueblos o después de ser deportados. Una de las cualidades de la película de Louis Malle *Adiós a los niños* radica en el hecho de mostrarle al espectador de 1987 lo que había sido la caza del hombre, la caza del niño individualizado: todo judío debía ser detectado y atrapado. Y la Autoridad era la que determinaba quién era judío en función de la definición dada a la pertenencia de sus abuelos o de su cónyuge, sin que fuera necesaria ninguna inserción topográfica, religiosa, y ni siquiera afectiva en el grupo perseguido en su conjunto. Sin duda, esta es una especificidad con relación a otras matanzas, a otras tentativas de exterminio. Pero, aunque sea singular, el horror no es mayor, ya que la alteridad visible de un grupo-víctima –por ejemplo, el color de su piel– no puede considerarse como un principio de excusa, de disminución de culpa para una matanza.

Otra especificidad –aunque compartida, y por lo tanto, limitada– es la no-peligrosidad del grupo víctima. (Evitemos la palabra inocente, que supone cierto grado de culpabilidad de las víctimas no “inocentes”, por ejemplo, los hombres jóvenes con relación a los niños, las mujeres y los ancianos). Los indígenas de América del Norte no permanecieron pasivos.



También cometieron atrocidades. En los enfrentamientos étnicos del pasado, los grupos víctimas de ayer pudieron ser más o menos los verdugos de anteayer. Los gitanos han sido víctimas sin ninguna agresividad previa. La pasividad de los judíos se juzgó de manera muy diversa, y su rechazo, su condena explícita o implícita, constituyó una dimensión esencial de la voluntad militar del Estado de Israel. Pero, en todo caso, esa inacción le quitó cualquier justificación a la matanza. Después de la diáspora, la dispersión de los judíos iniciada hace unos dos mil años, ya no hubo acciones militares judías, aún menos matanzas, ni siquiera por venganza, como se relata, en la Biblia, al final del libro de Ester.

La no-peligrosidad, la no-agresividad es un hecho racionalmente observable y analizable. Pero la realidad humana tiene también otra dimensión: está formada, además de creencias, de lo que los actores del juego social creen que es verdad. Y estas creencias pueden ser mortíferas. En un estricto análisis económico, la Alemania de 1939 no tenía ninguna necesidad de un "espacio vital" complementario. Pero Hitler estaba convencido de lo contrario, y esa convicción fue una causa decisiva de la guerra, de sus muertes y de sus ruinas. Hitler no fingió creer que los judíos eran peligrosos para movilizar a las masas y darles un chivo emisario. Él realmente creía en un complot judío, en una conspiración judía. Esta obsesión, que hizo, por ejemplo, que le permitiera escribir al más psicopatológicamente antisemita de sus secuaces, Julius Streicher, los artículos más insensatos, constituye probablemente otra especificidad: el odio de Talaat Pacha hacia los armenios, por ejemplo, no era del mismo orden que la fantasmagoría hitleriana sobre la judería mundial, aunque estos

fantasmas no eran de ningún modo particulares de Hitler y podían encontrarse en otros autores, ¡y no solo en Alemania!

Esto es cierto, pero de hecho existe una especificidad alemana. Más que de los millones de víctimas, proviene de la naturaleza de la cultura alemana. No tanto de los aspectos negativos de la historia alemana, que muestra menos crímenes que la francesa, sino de sus aspectos más positivos. Ciertamente, los neoamericanos que masacraron a los indígenas no eran primitivos, y el Imperio otomano fue la culminación de una civilización de una prodigiosa riqueza. Pero que Hitler y los suyos hayan podido ser "producidos" por un país de músicos y filósofos; que el desprecio por el Hombre, que el odio más visceral, hayan podido ser empujados hasta su límite extremo en el país de Meister Eckhart, de Kant, de Goethe; que en Alemania, y luego fuera de Alemania, se haya destruido a miembros, a portadores de una civilización nacida de siglos de progreso cultural; que se pueda considerar subhombres a filósofos, compositores, arquitectos, a premios Nobel de toda clase, esto es lo que constituye un enorme escándalo para la mente, y ese escándalo mismo es una singularidad.

Sin embargo, también hay que tener cuidado de no otorgarle demasiada importancia a una especie de eminencia, de calidad particular de las víctimas del desprecio, la discriminación y la masacre. Pues pronto se llegaría al límite de una condescendencia étnica y social con respecto a las víctimas menos "civilizadas", con menor pertenencia al campo de la cultura común a Occidente. ¡Nada es moralmente más inaceptable que decir o sugerir que un millón de campesinos ucranianos asesinados representan un crimen menor que un millón de judíos!



Y conviene no olvidar una última especificidad, una última singularidad: ¿en qué otro lugar se ha visto que el régimen sucesor haya reconocido plenamente la naturaleza y la dimensión del crimen cometido en nombre del país que le toca representar? ¿Dónde se ha visto que el conocimiento de las dimensiones, de los mecanismos y de las responsabilidades se haya sometido a investigaciones tan minuciosas, que dieron lugar a extensas y numerosas publicaciones, fundadas en archivos tan disponibles? Esas investigaciones y esas publicaciones se deben, en gran parte, a historiadores, sociólogos, psicólogos de la nación cuyos dirigentes habían organizado el exterminio y llevado a muchos de sus conciudadanos a transformarse en cómplices activos o pasivos.

### La comparación con la URSS

La noción de régimen sucesor remite a una última comparación, de seguro la más esperada, y también la más difícil. Difícil porque está inevitablemente cargada de implicaciones políticas e ideológicas. No hubo un régimen sucesor en la Unión Soviética, a menos que se suponga —a pesar de muchas evidencias— que se puede ver una discontinuidad radical, ya sea tras la muerte de Stalin, ya sea con la llegada al poder de Krushev, o con la proclamación de la nueva política de Gorbachov. Constantemente, hubo un uso del crimen soviético en la política interior de los países occidentales para defender privilegios sociales y para mantener ciertas violencias estructurales. Siempre existió una negación del crimen, y se llegó hasta la glorificación del culpable o de los culpables, para

no perjudicar al Partido o a la alianza con ese partido. Una negación que se debía a la mentira deliberada, o a la ceguera por la fe, por la liviandad, por el deseo de no ver, o bien a la ignorancia de hechos en verdad desconocidos en esa época. Hubo una alianza del tiempo de guerra o del tiempo de paz con el régimen criminal, o, por el contrario, un empleo del crimen denunciado para reorientar la política exterior. Existió la justa compasión, la justa admiración por las víctimas de la barbarie, por los que se resistían a esa barbarie, por los vencedores de la barbarie, con la convicción de que la comparación era sacrílega, y que el mero hecho de mencionar el crimen constituía ya el principio de la comparación. Por último, hubo un enfrentamiento ideológico permanente: de un lado, el crimen debía ser presentado como la consecuencia inevitable de cualquier clase de socialismo, y esto podía llevar paradójicamente a ocultar los aspectos más horribles, porque no se podían deducir de una doctrina, aunque fuera totalitaria; del otro lado, el crimen debía ser concebido como una desviación, un accidente o, incluso, como producto de una sociedad específica, de ninguna manera característica de una doctrina encarnada en un régimen, mientras que se suponía que Auschwitz era la culminación necesaria del fascismo exacerbado.

Evidentemente, las denominaciones deben manejarse siempre con prudencia. Recurrir a la palabra “hitlerismo” permite designar el conjunto de una ideología y de políticas concretas conducidas adentro y afuera por Hitler, mientras que la palabra “nacionalsocialismo” no implica necesariamente el conjunto de esas prácticas, incluidos los crímenes en su magnitud. La cuestión de las fechas no representa ningún



problema: antes del 30 de enero de 1933, el nacionalsocialismo, el hitlerismo, no gobernaba; después del 8 de mayo de 1945, ya no gobernaba más. La palabra “estalinismo” es más ambigua. Por supuesto que designó y designa aún las realizaciones, positivas y negativas, de las tres décadas durante las cuales Stalin ejerció el poder, en especial, los veinticinco años en los que ese poder fue ilimitado. Pero implica una división antes/después muy discutible, así como una explicación verdaderamente demasiado individualizada y demasiado faraónica del crimen, mientras que la idea de que no hubiera existido Auschwitz sin Hitler no significa en absoluto atribuirle a él la responsabilidad exclusiva del horror.

Un horror cuya singularidad sin duda no residió en la cantidad de víctimas, puesto que en números las macabras comparaciones demuestran que, fuera de la guerra, Stalin “produjo” más cadáveres que Hitler. Hitler fue quien impuso el sistema policial que permitió la organización de las matanzas, mientras que Stalin heredó de Lenin la Checa y los campos de concentración. La Checa fue creada el 20 de diciembre de 1917 para liquidar cualquier tentativa de contrarrevolución o de sabotaje, y se instaló en el viejo inmueble de una compañía de seguros, la Liubyanka. Los campos no fueron programados para los culpables, sino para los “dudosos” denunciados por Lenin desde agosto de 1918, dentro de un marco de terror masivo y despiadado, y con el sistema de campos de trabajos forzados a partir de mayo de 1919. Por otro lado, “solo a partir de 1955 y 1956 podemos decir realmente que el sistema llegó a su fin, o por lo menos, se volvió mucho más pequeño. Los días en que Kolima estaba en un extremo del espectro representando al estalinismo, con la

Liubyanka en el otro extremo, habían pasado y solo permanecía el sistema de los campos de trabajos forzados como son en la actualidad”.<sup>28</sup>

Kolima fue solamente un sector del *Archipiélago Gulag*, y Solzhenitsin habla bastante poco de él en su libro, porque los campos de la muerte en el Gran Norte eran más horribles, y más deliberadamente orientados hacia la muerte de los deportados que los otros innumerables lugares de encierro, sufrimiento, degradación y desapariciones del resto de la Unión Soviética. Muchos detenidos ya morían durante el largo y terrible viaje en tren y en barco, que podía extenderse un mes o un mes y medio. En Kolima, sin duda, hubo más de 3 millones de muertes debidas al frío, al hambre, al agotamiento, y también a las ejecuciones masivas, sobre todo en las prisiones especializadas. Los jefes del campo podían ser fusilados si presentaban algún pedido para mejorar la suerte de los detenidos o, simplemente, si caían en desgracia, en ese lugar o en Moscú.

A partir de 1933, y sobre todo de 1937, cualquier individuo podía ser detenido, deportado o ejecutado tras un simulacro de juicio o por simple decisión administrativa, individualmente o en una ejecución masiva. Este aspecto de fría locura asesina fue descrito en numerosas ocasiones, y el balance final muestra una enorme cantidad de víctimas soviéticas y extranjeras. Este balance se incrementó cuando, en 1988, se descubrieron o, al menos, se revelaron nuevos osarios. En *Noticias de Moscú*, un investigador soviético publicó los re-

28. Citado en Robert Conquest, *Kolima. The Arctic death camp*, Londres, Macmillan, 1978, p. 65.



sultados de su investigación en la zona de Kuropati, cerca de Minsk:

Es así como surgió, cerca de Minsk, este terrible lugar (con una extensión de 10 a 15 ha) al que la tradición le dio el nombre de Brod o Kuropati. Un lugar de ejecuciones en masa, un matadero que funcionó desde 1937 hasta el principio de la guerra, en junio de 1941... Había otros "mataderos" de este tipo, en las cercanías de otras ciudades de Bielorrusia. Los relatos realizados por los testigos permitieron que, solo en Minsk y sus alrededores, se pudieran localizar, hasta el momento, cinco, que servían para exterminar a hombres y mujeres en la época estaliniana. En 1987 y 1988, Y. Chmygaliov y yo interrogamos sistemáticamente a varias decenas de testigos (logramos encontrar en la actualidad a 170 aproximadamente) y realizamos excavaciones arqueológicas en Kuropati... Las ejecuciones se efectuaban todos los días después del almuerzo, al atardecer y toda la noche. Los condenados eran trasladados en camionetas cubiertas con lonas, fusilados en grupo y arrojados en fosas profundas. Los asesinos llevaban el uniforme del NKVD. Después de haber aniquilado a un grupo, se cubría superficialmente a los cadáveres con un poco de tierra y se hacía avanzar al grupo siguiente, y así llenaban la fosa hasta el borde... Una vez realizados los cálculos de dimensiones y otras deducciones necesarias, se pudo fijar la cantidad aproximada de víctimas sepultadas primero (antes de las exhumaciones de los años cuarenta) en las tumbas que investigamos nosotros. Si se toma como promedio 200 cuerpos por tumba, y se lo multiplica por la cantidad de sepulturas descubiertas

hasta hoy (510), se obtiene la cifra de 102.000 personas. Sin embargo, la cantidad real de víctimas debió de haber sido superior.

Las víctimas podían pertenecer a cualquier categoría social: purgas del ejército y purgas del partido siguieron, acompañaron y precedieron a las de técnicos o campesinos. Pero antes, a partir de 1937, hubo grupos de víctimas más específicas, ya que estaban definidas por su pertenencia étnica nacional. Y el crimen al que le convendría mejor la apelación de genocidio fue, sin duda, el que se cometió con los ucranianos desde 1930 hasta 1932. Se lo llamó "holocausto disimulado", y también "holocausto por hambre". El trato que se le dio a Ucrania fue de otro orden, de una naturaleza diferente del que ya había sido infligido al conjunto de la población de la URSS, con el nombre de "deskulakización". No obstante, fue tan bien disimulado, tan deliberadamente ignorado, que pasaron varias décadas hasta que realmente entró en la Historia: incluso los mejores libros sobre genocidios en el siglo XX lo pasan por alto.

Después de las hambrunas de 1921-1923, la URSS había aceptado la ayuda internacional, especialmente la de los Estados Unidos. En 1932 y 1933, la existencia misma del problema fue negada. Había que eliminar brutalmente la tentativa ucraniana de tomar en serio la posibilidad, abierta en principio en 1921, de encontrar vías nacionales y regionales hacia el socialismo, incluyendo la administración en lengua ucraniana. Como Ucrania era un país agrícola, el problema nacional y el campesino coincidían, y así, el 25 de diciembre de 1929, el Partido Comunista ucraniano tomó una decisión: en 1930 se colectivizaría solo un quinto de la agricultura.



Algunos días más tarde, llegó desde Moscú la orden de colectivizar el 100% en tres años. Bajo el control de unos cien mil funcionarios llegados de afuera, el 70% ya se encontró bajo el régimen koljosiano hacia fines de 1930, y se le impuso a Ucrania la exportación completa de sus cosechas. Hubo pillaje de recursos, también de una parte de las semillas, y otra parte fue comida por los hambrientos, hecho que impidió producir trigo. Muchos ucranianos intentaron huir del país, otros fueron a buscar alimentos al otro lado de la frontera, pero esta fue cerrada, y se envió al ejército para asegurar su clausura: no había salida sin autorización especial, ni entraban alimentos, mientras que las ciudades del otro lado de la frontera estaban bien provistas. Se calcula que entre los 7 millones de muertos que causó la hambruna organizada, aproximadamente 3 millones eran niños, los más vulnerables. Otro millón de ucranianos, calificados como *kulaks*, fueron deportados, especialmente a Kolima.

Quizá no hubo intención de exterminar a los ucranianos del todo, pero, como mínimo, se tomó la decisión de hacer morir a una gran cantidad. Y en todo caso, se trató de eliminar en masa a todas las elites, como se hizo luego en los países bálticos y en Polonia. La elite podía ser incluso la del propio Partido Comunista, de la URSS o de los partidos sometidos a la disciplina del *Komintern* dirigido por Stalin. Así, no se volvió a ver nunca más a los dirigentes del partido yugoslavo que habían ido a Moscú en 1937, ni a los del partido polaco convocados en 1938, mientras que más de quinientos mandos del partido alemán murieron acusados de traición, o simplemente fueron entregados a Hitler. Y también hubo castigos colectivos infligidos a pueblos. Después de la ocupación de

la parte de Polonia que se le adjudicó a la URSS de acuerdo con el protocolo secreto entre Stalin y Ribbentrop, más de un millón de polacos fueron deportados, antes del ataque alemán de junio de 1941, en condiciones espantosas, mientras que otros miles fueron encerrados en prisiones, y luego masacrados durante el avance alemán. Los 15.000 oficiales polacos desaparecidos, 5000 de los cuales se encontraron en las fosas de Katyn, fueron solo una parte de las víctimas. No todos murieron. No todos los niños fueron arrojados de los trenes como cadáveres endurecidos por el frío, como los que aparecen mencionados en la gran cantidad de testimonios que años más tarde se descubrieron y analizaron. Los padres del futuro general Jaruzelski nunca regresaron, pero él mismo, con dieciséis años en esa época, logró sobrevivir a la deportación.

En 1956, el informe Krushev presentó una lista de nacionalidades deportadas durante la guerra, pero olvidó una buena cantidad, desde los alemanes del Volga en 1941, hasta los tártaros de Crimea en 1944. De 1957 a 1967, se produjeron "rehabilitaciones", regresos organizados y restauraciones de nacionalidades. Pero hay grupos que faltan, nacionalidades cuyos nombres ya no se pronuncian, como si nunca hubieran existido, y de los que no se sabe si desaparecieron por haber sido exterminados o dispersados. Por otra parte, el antisemitismo ocupó un lugar importante en las represiones políticas de los años de posguerra en la URSS, Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

El balance del terror y del horror induce a la comparación. Los parecidos son evidentes. No es la cantidad de muertes lo que establece la singularidad del sistema exterminador del



cual Auschwitz se ha transformado en el nombre genérico. Tampoco lo es la cantidad de asesinos ni la de sus cómplices. Stalin encontró todos los servidores que necesitaba para llevar a cabo las torturas, los encarcelamientos, las hambrunas, las deportaciones y las matanzas. En todo momento, y en todos los niveles jerárquicos. Seguramente porque su reinado ha sido más breve, Hitler, una vez que pasó la Noche de los Cuchillos Largos del 30 de junio de 1934, no transformó a los verdugos en víctimas, como hizo Stalin al eliminar sin cesar a sus sangrientos depuradores.

¿A partir de qué idea de pureza? Aquí aparece una diferencia. Es de poca importancia para las víctimas, pero fundamental para explicar que, en la Unión Soviética, y en otros lugares, existieron muchas complicidades, consentimientos, silencios y ocultamiento de información. Hitler reivindicaba una doctrina que rompía con la tradición cristiana y humanista, que es la igualdad entre las categorías humanas. Proclamaba la superioridad de una "raza" y su derecho a dominar, a esclavizar a las demás. Stalin empleó el lenguaje de la justicia, de la igualdad que debe establecerse entre todos los hombres, de la lucha que se libra así contra la injusticia y la desigualdad. La obediencia y la lealtad de los verdugos podían, ciertamente, provenir del miedo, de la crueldad y del deseo de ejercer el poder sobre otros. Pero el mensaje transmitido hacia afuera —fuera del sistema concentracionario de la URSS, fuera de la Unión Soviética— apelaba a sentimientos más nobles y más movilizados que el mensaje nacionalsocialista. Esto no le otorga ninguna superioridad moral a la máquina de terror estaliniana. Incluso se puede decir que la mayor hipocresía constituye una inferioridad moral. Pero

la diferencia en el tono de la convocatoria contribuye ampliamente a explicar los problemas de conocimiento y de memoria que habría que analizar a propósito de Alemania, de Francia y también de la propia URSS, para los años posteriores.

Faltarían las especificidades que no aparecían en las referencias a los peores momentos del régimen soviético. El privilegio negativo otorgado a una categoría humana específica: los judíos. La fría gestión administrativa del horror, gracias a un aparato burocrático establecido en el transcurso de varios siglos de marcha hacia la administración eficaz en la neutralidad y el servicio público, esa frialdad que incluye la técnica de exterminio, en cierta manera industrial, que representa el recurso al asesinato colectivo por medio del gas. Y, especialmente, el grado de evolución de la sociedad en cuyo seno el crimen fue concebido y perpetrado. No se trata de aceptar el calificativo de "asiático", teñido de racismo, que se usa, a veces, para adjetivar la crueldad estaliniana. Ni tampoco de considerar que Bach encarna la cultura, y Tolstoi o Chéjov, no. Pero la inserción de Alemania en una civilización de democracia liberal, su contribución a esa civilización, desarrollada en la sociedad alemana, torna simplemente más espantoso, más escandaloso, más difícil de explicar y más imposible de justificar la designación de categorías humanas para excluirlas, para arrancarlas del tejido social y llevarlas luego fuera de la vista de la sociedad de la que ellas fueron arrancadas. En Alemania y en los países ocupados por ella.

No obstante, es conveniente agregar que existen diferencias de otro orden. El régimen hitleriano fue derrotado gracias al ejército del país que había sido su víctima, junto con su régimen de exterminio, por otro lado. Y entre los com-



batientes que se oponían a Hitler, en Alemania y en otros sitios, había muchos hombres y mujeres para quienes la Unión Soviética era un polo de atracción moral. Con la excepción de algunas voces marginales, el sistema hitleriano no fue un tema de controversia política después de 1945. No fue objeto de divisiones en política interior ni exterior en las sociedades occidentales, las únicas en las que el ejercicio de la memoria podía desarrollarse con bastante libertad. El sistema estaliniano, en cambio, estuvo rodeado, en las mentes, de sombras y luces, con deseos y voluntades, más o menos intensos, de relegar las sombras fuera del conocimiento, fuera de la conciencia y fuera de la memoria. Al mismo tiempo, puesto que existió, en efecto, la intención de atenuar el horror nacionalsocialista por medio de la comparación, esta fue muchas veces descalificada, y eso acentuó la tendencia a no analizar las sombras, las tinieblas soviéticas. Junto con las especificidades y las singularidades de Auschwitz, es necesario tener estos datos presentes en la conciencia, si se quieren comprender los mecanismos y los contenidos de las memorias de la segunda mitad del siglo XX.

## 3

## Memorias alemanas

### ¿Qué alemanes para qué crímenes?

En Francia, como en la mayoría de los países de Europa, se considera desde hace mucho tiempo que el problema de la memoria del crimen es, prioritariamente, un problema alemán. También en Alemania. El contenido, la densidad, la intensidad de la memoria alemana están sometidos incluso a una especie de puntillosa vigilancia. En el interior y en el exterior. Y ya las miradas alemanas sobre la memoria alemana deberían ayudar a todos a comprender que el plural es admisible: no existe una memoria alemana; existen memorias alemanas, diversas y contrastantes.

Y no es solo porque, después del derrumbe de 1945, hubo una coexistencia permanente de corrientes antagónicas con fuerzas fluctuantes. El deseo de olvidar y de ser olvidado, el rechazo a saber y la tentación de perdonar —no tanto a los grandes culpables como a sí mismo y a los suyos— estuvieron presentes junto a la voluntad de saber, a la condena firme, a la acusación que podía llegar hasta el masoquismo moral, individual o colectivo. Igualmente, escribir en plural la memoria, hablar de memorias alemanas es necesario porque solo se